



CCLCP Corrente Comunista Luiz Carlos Prestes



IX Seminario Internacional **LOS PARTIDOS Y UNA NUEVA SOCIEDAD.**
PARTIDO DEL TRABAJO. CIUDAD DE MÉXICO, 4, 5 Y 6 DE MARZO DE 2005.

LA RESISTIBLE ASCENSIÓN DEL FASCISMO ESTADOUNIDENSE

*Geraldo Pereira Barbosa**

“Der Schoss ist fruchtbar noch, aus dem das kroch!”

[“¡Aún es fecundo el vientre de donde salió este monstruo!”]

Bertolt Brecht – Der aufhaltsame Aufstieg des Arturo Ui [La Resistible Ascensión de Arturo Ui], Brecht
gesammelte Werke, Bd. 4, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1976, S. 1839.

El fascismo es un fenómeno que surge en la fase imperialista del capitalismo: la era en que vivimos, dominada por el capital financiero (engendrado por la fusión del capital bancario con el capital industrial). El fascismo es un producto de la contrarrevolución promovida por la gran burguesía: un movimiento sociopolítico chauvinista, antiproletario, antisocialista, antidemocrático. Se expresa a través de una política favorable a la creciente concentración y centralización de capital, que camufla su contenido ultra conservador bajo una máscara “modernizadora” y demagógica, en las condiciones de la denominada “sociedad de masas de consumo dirigido”. La ideología fascista se utiliza de elementos de las más variables líneas de pensamientos reaccionarios y tradicionales (presentes en la cultura específica de cada país) reuniéndolas en función de un uso pragmático, sirviéndose de mitos irracionalistas, fundidos de modo ecléctico con una “racionalidad formal” de tipo manipulatório. Después de la llegada al poder del nazismo, el comunista búlgaro Dimitrov definió el fascismo como “dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chauvinistas, más imperialistas, del capital financiero” y propuso la “unidad en acción” con la social democracia para enfrentar al fascismo, sin que los comunistas abdicasen de su lucha por un poder revolucionario capaz de abrir el camino hacia el socialismo. (Cf. Dimitrov, George - Unidade Operária Contra o Fascismo, Informe ao VII Congresso da Internacional Comunista, 2/8/1935, Ed. História, Contagem MG, 1978, pp. 11 e 86). Hitler y Mussolini salieron derrotados en el campo de

*Profesor de Sociología y Ciencia Política de la *Universidad del Sur de Santa Catarina* (UNISUL) y del *Complexo de Enseñanza Superior de Santa Catarina* (CESUSC). Miembro de las Secretarías Ejecutiva y de Relaciones Internacionales de la Coordinación Nacional de la *Corrente Comunista Luiz Carlos Prestes*.



batalla, sin embargo, el fascismo persiste hasta hoy, no solamente como ideología y fuerza política organizada, sino como una potencialidad perversa, internamente constitutiva del dominio del capital financiero. Surgieron tipos de fascismo que prescindían “orgías ideológicas” y envuelven menor “orquestración de masa”, pero que se basan fundamentalmente en la monopolización del estatal por el capital monopolista, en la imposición manipulatória de un “pensamiento único” particularista de la clase dominante como se fuera la “cultura universal” de toda la sociedad, en el uso de la represión política y de la opresión social con funciones contrarrevolucionarias y de auto privilegio de la gran burguesía. No es difícil demostrar el carácter fascista (sin escrúpulos o con vergüenza) del Estado autocrático burgués de algunos países con capitalismo dependiente: el franquismo español o el salazarismo portugués, las dictaduras militares del sudeste asiático y de América Latina, el régimen de *apartheid* de África del Sur, el régimen sionista de Israel, etc. En estos casos, sin embargo, la fracción hegemónica en el bloque de poder es siempre el imperialismo, el capital financiero extranjero, y no las burguesías nativas que tienen vínculos orgánicos como Estado supuestamente “soberano”. Una nueva manifestación del fascismo empezó a manifestarse a través de tendencias más o menos abiertas o disimuladas que se manifiestan por dentro de la versión cada vez más militarizada, tecnocratizada y manipulatória de “democracia pluralista” de los Estados imperialistas, particularmente la superpotencia estadounidense.

“IDEOLOGÍA AMERICANISTA” Y TRANSFORMACIÓN

CAPITALISTA

Un lugar común presentado por la tendencia predominante de los historiadores estadounidenses es de un eterno “profetismo” y conservadorismo de la “cultura americana”. Desde el “espíritu de los peregrinos” que colonizaron la Nueva Inglaterra y de los “pioneros de la marcha para el oeste” – devorados por una particular forma de protestantismo que concebía la conquista del “Nuevo Continente”, basándose en una “legitimidad bíblica”, con referencia en la violenta conquista de la tierra prometida – el pueblo americano estaría cumpliendo una “predestinación” de realizar una “vocación excepcional” de “farol de la humanidad”. Después de la compra de la Florida de los españoles en 1819, cuando los esclavistas del sur empezaron a defender la anexión de Cuba y Porto Rico, importantes ideólogos (entre ellos el futuro presidente John Quincy Adams) comenzaron a hablar de un “destino manifiesto” en la historia de Estados Unidos. El proyecto expansionista empieza afirmarse con la proclamación de la *Doctrina Monroe* en 1823, que manifiesta la hostilidad del gobierno de EE.UU. a cualquier intervención de potencias europeas en el hemisferio occidental: “América para los americanos” (del norte, por supuesto). Desde 1836, el gobierno de JUL apoyó iniciativas de los esclavistas del sur para desmembrar el Texas del Méjico. El presidente John Tyler (1840-45) declaró en 1840: “La abolición de la esclavitud en los territorios vecinos es razón suficiente para anexarlos (apud: Martínez Carozza, Leopoldo - La Intervención Norte-Americana en México, Panorama, México, 1985, p. 19). En la guerra de 1845-48 al Méjico le amputaron



la mitad más rica del país, mientras que EE.UU. aumentó en 60% a su territorio, anexando los actuales estados del Texas, Colorado, Arizona, Nuevo México, Nevada y UTA (en toda esta grande área se restableció la esclavitud en nombre de la libertad) y también la California. “¡Pobrecito Méjico! - se dice desde entonces - *Tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos*”. Estos procesos tenían como *sound-track* el discurso del “pueblo elegido del señor” y de la democracia de señores, casi sinónimos del término nazista Herrenvolk. Más tarde, las élites gobernantes de las clases dominantes se mostraron empeñadas en expandir su misión civilizatória encargada por Dios” hasta abarcar el mundo en su totalidad. Esta “nación excepcional” estaría embestida de la “misión divina” de llevar a todo el mundo su “modo de vida” y sus emblemas, tanto por negociación y presión como a hierro, fuego y radiación nuclear: “ascetismo y liberalismo”, “orden y progreso”, “democracia y modernización”, “seguridad y desarrollo”, “*Armageddon* y guerra al imperio del Mal”, “libre mercado y frontera sin fin”, “neoliberalismo y guerra preventiva”, “justicia y guerra al terrorismo”, “libertad duradera y guerra al eje del mal”, “guerra sin fin”. La retórica dominante va volviéndose cada vez más nerviosa, más agresiva, más arrogante, más militarista y directamente bélica; a medida que la política externa estadounidense va transfiriéndose de la lucha por la hegemonía continental y hemisférica, para la conquista de la hegemonía mundial dentro del campo imperialista después de la Segunda Guerra Mundial y para la escalada actual rumbo a un imperio mundial “unipolar”. En las últimas tres décadas, marcadas por la crisis estructural del capital y la explicitación del desvariado proyecto de “Imperio Mundial”, su lenguaje combina “cruzada neoliberal” intransigente (destrucción de los derechos sociales y des reglamentación de todos mercados) con la soberbia pretensión de soberanía mundial exclusiva como imperio militar.

El complejo ideo-cultural de una formación social es producto de un largo proceso histórico. La ideología que se convirtió dominante en EE.UU. reniega la ilustración de sus “padres fundadores”, se convierte cada vez más intolerante y no crítica, se ufanan de vivir en un país sin lugar para las ideas exóticas de “revolución” y “socialismo”. Con todo, la historia de Estados Unidos y de su cultura es ciertamente más compleja que su auto representación en la ideología dominante. Sin duda, el democratismo y la ilustración no tuvo la marca plebeya de la revolución francesa y el movimiento proletario estadounidense jamás desarrolló una identidad de clase socialista con efectiva penetración de masa. Sin embargo, la historia norteamericana no dejó de ser atravesada por luchas populares y por la presencia (minoritaria, pero real e constructiva) de una cultura crítica. La cuestión no es si puede haber lugar a la “idea de revolución” en EE.UU., sino si otra revolución puede ser realizada, por que, **ya hubo dos revoluciones en este país**. Los líderes de las clases dominantes estadounidenses, comprometidos con el demonismo de la revolución y como “imperio de la ley y del orden social”, no tuvo como ocultar totalmente que las orígenes de su país se basan en una sangrienta revolución, con la cual obtuvo la independencia del Imperio británico. La “Revolución Americana” no se terminó con la Declaración de la Independencia en el “II Congreso Continental” de 1776; se ha realizado solamente gracias a las luchas de las masas y a la resistencia de la guerrilla de las milicias populares a lo largo de los años de la guerra de liberación. Los plebeyos (trabajadores coloniales y pequeños propietarios) ligaban la lucha por la ampliación de la



participación política a las luchas por mejores condiciones económicas y sociales. Cuando la revolución venció, se estableció a partir de la Convención Constitucional de Filadelfia en 1787, una república representativa, que puede ser considerada la democracia más desarrollada, hasta entonces, en el mundo. Ella fue, sin duda, un avance revolucionario (político y, por tanto, social), aunque se mantiene la esclavitud en los estados del sur y la resistencia burguesa contra las reivindicaciones sociales plebeyas (Cf. Aptheker, Herbert - Uma Nova História dos Estados Unidos: A Revolução Americana [NY, 1960], Civilização Brasileira, RJ, 1969). La revolución burguesa estadounidense tuvo un segundo momento crucial 90 años después de la Guerra de Secesión de 1861-65 que abolió el modo de producción esclavista de los estados del sur; y que al libertar los esclavos realizó una colosal expropiación de propiedad privada, que está ciertamente entre las mayores de la historia universal. La historiografía mitológica centrada en los líderes políticos y generales (para no hablar de la "historia revisionista", hoy en moda, que hace el apología reaccionaria de la "cultura del sur"), intentan esconder el papel desempeñado por los agitadores demócratas y humanistas del movimiento abolicionista y el contenido de guerra civil popular imprimido por la amplia participación del proletariado del este, de los pequeños propietarios del oeste y de los esclavos negros, que lucharon y murieron en el ejército nordista, para defender la Unión y acabar con la "peculiar (e infame) institución". **La Guerra de 1775-82 y la Guerra Civil de 1860-65 forman parte de un proceso estructural de revolución burguesa**, que resultó en la consolidación del modo de producción específicamente capitalista y de la burguesía como clase dominante en la economía, en la sociedad civil y en el Estado. No hay como negar que transformaron profundamente la sociedad estadounidense (y no de modo gradual, sino por una vía propiamente revolucionaria). La eliminación de la economía de *plantation* esclavista y de la dictadura reaccionaria de la aristocracia esclavista dominante en el sur fue indispensable para que el Estado pudiese reorganizarse nacionalmente como una *democracia burguesa* (con todos sus límites y deficiencias) y realizar, coherentemente, una política de desarrollo industrial. **EE.UU. realizó la última revolución burguesa clásica.** La burguesía norteamericana solucionó de un modo satisfactorio para el pleno desarrollo del dominio burgués, las principales tareas de esta revolución: nacional, democrática, industrial, cultural, urbana y agraria. Una revolución equivalente a la destrucción de la monarquía absoluta y del feudalismo en Inglaterra y en Francia, de la manera que Barrington Moore clasifica como necesaria para dar "origen a la democracia" (Cf. Moore Jr., Barrington - As Origens Sociais da Ditadura e da Democracia, [Boston, USA, 1967], Martins Fontes, S.P., 1983). Lo que este distinguido sociólogo liberal-progresista se olvida de pesquisar, es el hecho de haber sido estos Estados capitalistas pioneros, también los primeros exponentes de mayor éxito de la explotación neocolonial capitalista y del dominio imperialista; lo que de cierta manera, posibilitó la consolidación de una *democracia burguesa* en los mismos.

Algunos analistas incurren en una apreciación un poco unilateral y dicen: "la revolución burguesa no representó nada, no solucionó ningún problema fundamental de la humanidad". Sí, ella repuso los problemas, pero ella los repuso en un nivel más elevado. Es innegable que su contenido revolucionario de los movimientos de clase de la burguesía en su momento de ascensión fue fundamental para desagregar el antiguo régimen,



transformar el proceso productivo en la agricultura y en la industria, impulsar un inmenso desarrollo de las fuerzas productivas y construir un nuevo orden social construido sobre el capital y el trabajo asalariado "libre". La revolución burguesa clásica abrió caminos reales para la lucha de clases. No tenía como eliminar el espacio político a través del cual el proletariado inicia su desarrollo como clase, pues las clases burguesas precisaban del apoyo de las camadas bajas para enfrentar las clases aristocráticas y las burguesías de otros países. La presión proletaria caía sobre el surco posrevolucionario e impone a las clases superiores (quieran ellas o no) sus derechos y garantías sociales, obligando a la burguesía a aceptar una ampliación democrática del orden. El proletariado conquista un espacio histórico para su desarrollo como clase independiente, que va a luchar por la supremacía social y el poder político. Es necesario distinguir las *revoluciones burguesas primarias clásicas* de las *primarias no clásicas* (Alemania, Italia, Austria, Japón); en que las burguesías nacionales se aliaron con poderosas burocracias estatales de origen aristocrático, impulsando vigorosas revoluciones y nacionales, pero sin realizar la revolución democrática (lo que deformó profundamente la revolución cultural y agraria). Estos procesos resultaron en el "fascismo clásico". Con mayor razón, es necesario distinguir estas *revoluciones primarias*, de las *revoluciones burguesas secundarias*: transformaciones capitalistas que no realizaron la revolución democrática tampoco la nacional (lo que deformó y deprimió todos los demás aspectos de la revolución burguesa). En el denominado "tercer mundo" la burguesía se convirtió en clase dominante, pero la descolonización no fue llevada a cabo. El estatuto colonial fue superado, pero no suprimido: fue incorporado por las revoluciones burguesas que siguieron una vía autocrática y dependiente, con el "desarrollo del subdesarrollo". El **imperialismo** permaneció la fracción dominante en el bloque de poder, subalternando a las burguesías nativas con vínculos orgánicos con el Estado supuestamente "soberano". En estos países, el padrón de dominación burguesa es extremadamente perverso e inestable con formas autocráticas más desnudas (Cf. Fernandes, Florestan - Sociedade de Classes e Subdesenvolvimento, Zahar, RJ, 1968; Id. Capitalismo Dependente e Classes Sociais na América Latina, RJ, 1973; Id. A Revolução Burguesa no Brasil, Zahar, RJ, 1975).

Desde la **consolidación de las revoluciones burguesas clásicas**, la burguesía industrial triunfante empezó a mirar al proletariado como su principal enemigo; buscó recomponer su bloque de poder a través de alianzas con las demás clases poseedoras (reciclando las clases dominantes del antiguo régimen). La revolución burguesa marca el apogeo y al mismo tiempo el eclipse del impulso revolucionario de contenido burgués. La democracia es "burguesa", cuando la burguesía logra detener el impulso revolucionario de las masas proletarias y populares y restringir la democracia, en el sentido de adaptarla a las relaciones estructurales capitalistas y a la conservación de su dominación de clase. **Las burguesías tuvieron que interrumpir la revolución para organizar su dominación.** Buscaron combinar la progresiva explotación del proletariado que acompañó el desarrollo de la industria capitalista, con el proseguimiento de formas abiertamente violentas de acumulación primitiva de capital: subordinación de la explotación colonial y neocolonial del mundo todavía no capitalista a la concentración y centralización de capital industrial y bancario; extrema represión contra los pobres, expropiación de los campesinos, masacre de nativos, etc. Es importante, acá, destacar ciertas **especificidades**



de la “vía americana”. La revolución agraria estadounidense se basó en la distribución de tierras gratuitas (o prácticamente) en el *noroeste*. Surgieron las *farms* de los pequeños empresarios rurales, que dio origen a un inmenso y rico mercado interno y a un reformismo agrario mucho diversificado. Se creó la base económica y política de la “alianza del hierro y del centeno” entre el nordeste industrializado y el oeste, que eligió Lincoln (1860-65) y fue victoriosa en la Guerra Civil. Los títulos de la deuda pública adquiridos por la Unión durante la Guerra fueron decisivos para el financiamiento de los ferrocarriles que atravesaron el territorio americano de costa a costa, abriendo camino para la expansión de las *news enterprises*, que integraron el mercado nacional americano y dieron origen a las modernas corporaciones transnacionales. **La fusión entre el Estado de la Unión y el nuevo capital financiero americano** (que logra tornarse independiente del capital bancario inglés solamente durante la Guerra de Secesión), impulsó la grande transformación que dio origen al capitalismo monopolista estadounidense. El capitalismo monopolista, de modo pionero, triunfa en Estados Unidos (mientras que Inglaterra y Francia permanecían en la “fase de concurrencia”). Los cárteles y trustes se aprovechan del proteccionismo de su Estado “liberal” en medio a la saga de crímenes y corrupciones de los *robber barons* (lectura obligatoria para entender este proceso es el libro clásico do socialista-fabiano inglés John Hobson: *A Evolução do Capitalismo Moderno* [London 1894; ed. Rev. 1926], Nova Cultural, SP,1983). La colosal centralización de capital, apoyándose en un espacio económico continental unificado por la fuerza de una “clase financiera general”, originó un capital ocioso en las manos de las gigantescas corporaciones. Éstas promueven la conglomeración y diversificación de las actividades productivas fundamentales, embestindo en las nuevas esferas de producción posibilitadas por la segunda revolución tecnológica del capitalismo; basada en el petróleo (la *Standard Oil* surge en 1870), en la electrificación y, después, en la producción mecánica de motores eléctricos y la combustión y en su aplicación a todos las subdivisiones de la industria. El gigantesco crecimiento del *big business* trajo mayor concentración de operarios en las grandes ciudades, creando los requisitos para el desarrollo del proletariado como *clase en si* (una clase con desarrollo independiente frente a la burguesía) y una vigorosa expansión del sindicalismo. La burguesía estadounidense no aguardó pasivamente que los operarios se organizaran: trabajó deliberadamente su desarrollo como clase, combatiendo las manifestaciones de autonomía del movimiento proletario a través de la descalificación ideológica de sus organizaciones colectivas, de la represión policial a las huelgas y de los tribunales. El *evangelio de la riqueza*, ideología patronal de los magnates (difundida e la gran prensa, en las enseñanzas escolares y en las pregonaciones en las Iglesias), aproxima la ética protestante de las creencias pseudo científicas del darwinismo social y del individualismo posesivo liberal: exalta las virtudes del individuo emprendedor para legitimar la autoridad del empresario “victorioso” y descalificar los sindicatos como lugar de “fracasados” y subversivos que no aceptan el “modo de vida americano” (Cf. Bendix, Reinhard - *Trabajo y Autoridad en la Industria* [NY, 1956], Eudeba, Buenos Aires, 1966; estudio comparado da relación entre la historia de las ideas y la industrialización, esp. cap. 5 “La Experiencia Americana”). La represión a las huelgas combina con el uso de espionaje y detectives a servicio de los patrones contra la actividad militante. Muchas empresas obligaban los obreros a firmar los *Yellow-dog contracts*, en los cuales se



comprometían a no entrar para el sindicato. En 1886, la Suprema Corte interpreta la Enmienda 14/1868 a la Constitución - que proclama el negro ciudadano de EE.UU. y el derecho a la “vida, propiedad y libertad de las personas” - como una *protección absoluta a la propiedad y libertad de las corporaciones empresariales*. 130 leyes sociales estatales son revocadas. Los legisladores son prohibidos de aprobar leyes que reglamenten la jornada de trabajo, la seguridad de los trabajadores, el salario mínimo; que regulen las tasas de gas y electricidad; o que protegen a la salud de los ciudadanos y el ambiente contra “la libertad y la propiedad” de las corporaciones. La *Ley Antitrust* de 1890, también fue interpretada por los tribunales como ley antitrabajista. En 1894, la Suprema Corte consideró que el Sindicato de los Ferrocarriles Americanas “monopolizaba la mano de obra” y prohibió su huelga nacional como “crimen contra el libre mercado” (haciendo víctima a la GMA, que reunía los 24 magnates dueños de todos los ferrocarriles). El presidente G. Cleveland (1884-96) suspendió el derecho de reunión en 8 estados y envió 14 mil soldados sobre Chicago para masacrar la huelga, que resultó en 20 muertos en la primera carga de bayonetas y en la prisión de 705 huelguistas, incluso el líder de la categoría Eugene Debs (1855-1938). El uso de la *Ley Antitrust* contra la lucha organizada de los obreros se volvió rutina. El ejército era accionado siempre que necesario para garantizar las decisiones de los tribunales a servicio de la dominación de la clase burguesa (Cf. Huberman, Leo - *História da Riqueza dos EUA. Nós, o Povo* [NY, 1949], Brasiliense, SP, 1978, caps. 13 e 14; v. tb. Julien, Claude - *O Sonho e a História. Dois Séculos de América*, Arcádia, Lisboa, 1976). Entre las víctimas de la expansión capitalista estadounidense de las últimas cuatro décadas del siglo XIX, se destacan los pueblos originarios. El genocidio durante todo el siglo de los indígenas del norte de América culmina en la cobarde masacre de *Wounded Knee*, en 1890; glorificado en las películas de *Hollywood*. Los indios fueron casi exterminados, expulsos de sus últimos territorios y sometidos a una brutal aculturación, con la intención de los expropiar de su identidad (Cf. Brown, Dee - *Enterrem Meu Coração na Curva do Rio* [NY, 1970], Melhoramentos, SP, 1973). El prejuicio hacia los negros, también se mantuvo en las condiciones del “moderno capitalismo” monopolista. Las leyes contra los “esclavos huidos” fueron eliminadas, los gobiernos de la “Reconstrucción” aseguraron derecho de voto y migración para los negros, el Congreso disolvió la *Ku-Klux-Kan*. Sin embargo, a partir de 1875, se recompuso la coligación conservadora entre las clases dominantes del norte y del sur. Gran parte de la antigua represión reapareció, bajo nuevas formas. En 1896, la Suprema Corte, aprobó la separación de los negros en lugares inferiores en los trenes; inicio de la legislación de segregación racial, que desembocó en el sistema *Jim Crow*. Después de retardar por casi un siglo la abolición de la esclavitud, la República estadounidense hizo que los afro americanos esperasen por más de un siglo el reconocimiento de los mínimos derechos formales inherentes a la “igualdad de todos frente la ley”; lo que ni siquiera disminuyó el racismo hasta hoy profundamente arraigado en las clases dominantes.

Con la gran transformación económica y la profundización de los lazos entre el Estado y el capital financiero, que inaugura la época del imperialismo, EE.UU. da plena reflujo a la dimensión militar de la *Doctrina Monroe*, asegurando la hegemonía hemisférica frente a las potencias europeas. La intervención militar en la crisis de Venezuela en 1895 - al impedir la expedición punitiva proyectada por Inglaterra y Alemania, destinada a cobrar



las deudas del gobierno venezolano con los bancos europeos – deja claro que Estados Unidos era la única potencia con derecho para interferir en cualquier lugar del hemisferio. EE.UU. - una nación que surgiera combatiendo el colonialismo británico - ensaya lo que parece una escalada colonialista tradicional: Hawaii es anexionado en 1898 y en el mismo año EE.UU. declara y vence la Guerra contra España, conquistando despojos del Imperio hispánico en las Américas (Cuba y Puerto Rico) y en el Pacífico (Filipinas y Guam). Fue en este momento que Rudyard Kipling escribió su famoso poema intitulado "el fardo del hombre blanco" (*White Man's burden*), apelación destinada no a Londres, sino a Washington y a sus nuevas responsabilidades coloniales en Filipinas: crear una "civilización mundial moderna, cristiana y occidental". Sin embargo, era un nuevo tipo de colonialismo: Lenin se refirió a la Guerra como una de las crisis más importantes en el surgimiento del imperialismo (Cf. a sentencia de abertura do *Imperialismo, Fase Superior do Capitalismo* [1916], Obras Escolhidas, v. 1, Alfa-Omega, SP, 1980, p. 586). Las Filipinas ya habían sido libertadas del dominio español por guerrilla del revolucionario filipino Emilio Aguinaldo, que emite en junio de 1898 una Declaración de Independencia. Después vencer con facilidad la breve guerra "Hispanoamericana", EE.UU. se recusa a reconocer la República de las Filipinas. Con el objetivo de expandirse en el Pacífico y entrar para el inmenso mercado chino, EE.UU. meten 130 mil soldados en la larga y bárbara guerra de conquista (1898-1907) contra la guerrilla apoyada por la mayor parte de la población: aproximadamente un millón de filipinos (la mayoría civiles) son muertos, juntamente con 4,2 mil soldados americanos. El presidente McKinley (1897-1901) dijo haber sido "el propio Dios todo poderoso" que "una noche de insomnilla" le ordenó que "hiciera de Filipinas una colonia americana": con el término del dominio español, "las islas" podrían ser influenciadas por Francia y Alemania, "nuestros rivales en el comercio del Oriente"; y siendo "inconcebible aceptar la república", pues "los filipinos son incapaces de autogobernarse, se someterán a la anarquía", EE.UU. tiene "la misión de tomar todo a nuestro encargo (...) educar a los filipinos, civilizarlos y cristianizarlos" (apud: McAllister, Brian - *The U.S. Army and Counterinsurgency in the Philippine War*, UNCP, Chapel Hill, 1989; v. tb. Schirmer, Daniel - *Republic or Empire: American Resistance to the Philippine War*, Schenkman, Cambridge Mass., 1972; Graff, Henry [ed.] *American Imperialism and Philippine Insurrection*, Little Brown, Boston, 1969). Mark Twain, William James y otros crean la *Liga Anti-Imperialista*, que denunció el cariz pirata de la doctrina del "Destino Manifiesto" (expandir la "frontera americana" y llevar "su democracia" a todos los lugares), el darwinismo social racista (civilizar a los "nativos incultos", mezcla con élites locales excluyendo las "razas inferiores") y las masacres perpetradas por el neocolonialismo estadounidense (Cf. Twain, M. *Patriotas e Traidores*, Ed. Perseu Abramo, SP. 2003).

La escalada imperialista prosiguió con una serie de invasiones: Samoa (1899), Nicaragua (1901), Haití (1902), Panamá (1903), Dominicana (1905 e 1916-24), Cuba varias veces (1906, 1912, 1917), Méjico (1914), El Salvador (1921), Honduras (1924), una vez más Haití (1912 e 1915-34) y, nuevamente, Nicaragua (1912-1925 e 1927-33). Poner las garras en Cuba era un viejo sueño de la república imperial: en el punto en que los esclavistas del Sur fallaron en 1850, los capitalistas nordistas lograron éxito en 1898. En 1868 los patriotas cubanos empezaron una guerra contra los colonialistas españoles que



duró diez años. La estrategia de la revolución fundía la cuestión de la liberación nacional con la cuestión social, proclamando la liberación de los esclavos y la abolición de los latifundios, considerados el principal sostén de la colonización. EE.UU. ya tenía importantes inversiones en Cuba (minería, azúcar y tabaco). En los gobiernos Ulysses Grant (1868-76), R. B. Hayes (1877-81) y Cleveland fueron presentados proyectos al Senado proponiendo la anexión de Cuba y San Domingos. Contra a estos proyectos, se levanta José Martí (1853-1895). Exilado después del “acuerdo de paz sin independencia” de 1878, él conoció a varios países de América Latina articulando el movimiento **panamericanista** y se quedó en New York a partir de 1880. Escribiendo “de las entrañas del monstruo”, Martí defiende una lucha en dos frentes: además de preparar la guerra de independencia cubana contra la antigua colonización española es necesario luchar por la unidad latinoamericana contra el naciente imperialismo de EE.UU. En 1892, fue creado y dirigido por Martí, el Partido Revolucionario Cubano (PRC), con un programa antiimperialista. En 1895, el PRC decide reiniciar la guerra contra los españoles. Martí desembarca en Cuba en 1895 y muere en combate en el mismo año. A pesar de la muerte del líder la población adhirió a la revolución. Muchas ciudades, incluso La Habana, fueron tomadas por los rebeldes. La victoria y la independencia parecían estar al alcance. Es entonces cuando, como en Filipinas, EE.UU. se apresura a intervenir. Con el Tratado de Paris de 1898, España capitula; EE.UU. instala un gobierno militar en la isla apoyado por sus fuerzas de ocupación, sin reconocer los representantes del pueblo cubano. En el documento en que explica su decisión de iniciar la Guerra Hispanoamericana, el gobierno estadounidense acusa los ibéricos de “privar injustamente Cuba de su libertad”, recurriendo a medidas que ofenden la “moral americana” y “representan una desgracia para la civilización cristiana”, y lo que es peor en una isla “tan cerca de nuestras fronteras (Cf. Commanger, Henry - *Documents of American History*, Ed. Appleton, N.Y., 1963, v. 2, p. 5). Es notable el entrelazamiento ideológico que preside el apelativo a la cruzada en nombre de la justicia, libertad, moral y religión con referencia directa a la Doctrina Monroe. Cuba y los países de América Central no fueron directamente anexados. Fueron sometidos a un nuevo tipo de control, en forma de “protectorado” militar y económico de EE.UU. Los objetivos de la obra “filantrópica” de EE.UU. se vuelven claros desde el primero acto de General Leonard Wood, que fue nombrado por el Imperio como Gobernador General de Cuba: la abolición de los impuestos que gravan la importación de productos americanos. En 1901 los “constituyentes cubanos” son obligados a aprobar la *Enmienda Platt*, que reconoce a EE.UU. el derecho de intervención siempre que ocurriesen “desordenes internas”, para “preservar la independencia cubana (*sic!*) y la manutención de un gobierno adecuado a la protección de la propiedad”. Cuba es obligada a ceder a EE.UU. tierras y puertos para la instalación de bases navales y militares (Cf. E. Platt §§ III e VII In: Machado, Carlos - *Documentos EUA y América Latina*, ED. Patria Grande, Montevideo, 1968, pp. 53-55). En 1903, Cuba cede “por el tiempo necesario” la región de Guantánamo a EE.UU. Éste sería el modelo de protectorado impuesto a los países conquistados en 1898 y también a las repúblicas de América Central y Caribe; que mantenían su “soberanía” formal, pero no tenían derecho a política externa, tampoco a la ejecución de una política económica que no estuviese de acuerdo con las exigencias del pagamiento de sus deudas a los bancos estadounidenses. En diciembre de 1904, el



presidente Theodore Roosevelt reformo la *Doctrina Monroe* adecuándola a los nuevos tiempos, en que EE.UU. asumían un papel de policía internacional. En el Mensaje Anual al Congreso, que se quedó conocida como *Corolario Roosevelt de la Doctrina Monroe*, anuncia la política externa del *big stick*: “Hable de modo calmo, pero lleve siempre un gran palo. Fue la primera vez que un presidente de EE.UU. defendió un derecho al “ataque preventivo” contra Estados que se demuestren “ineficientes del punto de vista de su orden interna”, o no paguen sus deudas externas: “Un malo comportamiento crónico, o una impotencia que resulte en el aflojamiento de los lazos de civilidad social pueden requerir, en América o en cualquier lugar del mundo, la intervención de alguna nación civilizada, y en el caso del Hemisferio Occidental, la adhesión de EE.UU. a la doctrina Monroe, exige que nosotros desempeñamos el papel de policía internacional” (apud: Perkins, D. *The Monroe Doctrine*, J. Hopkins, Baltimore, 1937, p. 411).

La *diplomacia de cañoneras* estaba oficializada. Las transnacionales se apoderaban del “territorio económico”, de tierras, riquezas naturales, aduanas, tesoros, mercados y gobiernos; los *marines* desembarcan por toda parte para “proteger los intereses de los ciudadanos americanos”. 50 intervenciones militares ocurren entre 1904 e 1933. Son los prefacios de los tratados firmados al pie del cañón, que operan como parturientes del *capitalismo dependiente* en América Latina y Caribe. En 1906, cuando Teddy Roosevelt es agraciado con el Premio Nóbel de la Paz, recuerda inflamado haber “inventado Panamá”, al amputar territorio de Colombia: “I took the Canal”. En 1912 el presidente W. Taft (1909-13) dice: “No está lejos el día en que tres banderas de tiras y estrellas marcarán en lugares extremadamente lejanos la extensión de nuestro territorio. Una en el Polo Norte, otra en el canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro, de hecho, como, en virtud de nuestra superioridad racial, ya es nuestro moralmente” (apud: Selser, Gregório - *Diplomacia, Garrote y Dólares en América Latina*, Iguazú, Buenos Aires, 1962, p. 222).

EE.UU., pasa, entonces, a luchar por la hegemonía en Europa. Después de reprimir duramente el movimiento pacifista, Woodrow Wilson (1913-1921) entró en la Guerra Imperialista de 1914-18 y participó de la victoria de las potencias de la *Entente*, así como de su esfuerzo de invasión de la Rusia para intentar aplastar la revolución bolchevique. Los *14 puntos de Wilson* proponiendo una “paz justa” para todos los involucrados en la Primera Guerra Mundial (incluso los alemanes) y la “autodeterminación” de los nuevos Estados de Europa Central (que debilitaban Alemania y creaban un “cordón sanitario” que aislaba a URSS), no eran expresión de un “idealismo liberal”, tampoco del abandono del proyecto de poder internacional de Teddy Roosevelt. Se trataba de adecuarlo a la realidad de la correlación de fuerzas y de posibilidades de EE.UU. en aquella coyuntura. Francia y Inglaterra todavía tenían fuerza para oponerse a cualquier tipo de hegemonía americana en Europa. Además de eso, la partición del “territorio económico” mundial entre las potencias más importantes ya estaba concluida; no había nada más para conquistar en el mundo que no fuesen colonias directas o “área de influencia” de los dos grandes aliados europeos de EE.UU. Éste, todavía no tenía condiciones, en aquel momento, de iniciar una competición militar abierta contra Francia e Inglaterra.



MOVIMIENTO OBRERO Y FORDISMO

Es necesario un paréntesis crítico sobre el mito de la “congénita apatía” y “permanente despolitización” del proletariado americano. Es conocida la importancia universal del movimiento de los trabajadores de Chicago por la reducción del día de trabajo para 8 horas (cuando la jornada mediana era de 12 h y se trabajaba hasta 16 h por día). Fue la *Masacre de Chicago*, de 1º de Mayo de 1886, cuando la represión policial asesinó decenas de trabajadores y puso en la cárcel centenas de militantes (ahorcando los principales *leaders*), que inspiró el Congreso de fundación de la IIª Internacional Socialista en 1889, a organizar el Día Mundial de Lucha por la “reducción legal de la jornada de trabajo para 8 h”. A pesar de la represión burguesa, el proletariado europeo y americano desfiló sus fuerzas en huelgas, fiestas, comicios y manifestaciones: por primera vez movilizado como un solo ejército, demostrando claramente a los capitalistas que los trabajadores de todos los países estaban realmente unidos. El movimiento salió muy fortalecido y la Internacional decide tornar permanente el *Primero de Mayo* como un día de lucha contra la explotación capitalista y de fiesta de los trabajadores de todos países, cuando deben manifestar sus objetivos comunes, sus reivindicaciones y su solidaridad (Cf. Engels, F. - Prefacio à ED. Alemana de 1890 del Manifiesto do Partido Comunista). Para aislar los socialistas, el patronato toleraba la *American Federation of Labor* (AFL), creada en 1886 y liderada por Samuel Gompers (tan procapitalista cuanto Rockefeller) en la lógica del “sindicalismo de negocios”: centrado exclusivamente en grandes logros económicos inmediatos, discriminaba los obreros emigrantes, negros y “no especializados”. A partir de 1890, el *Socialist Labor Party* (SLP), tiene un nuevo impulso sob la dirección del marxista Daniel de Leon (1852-1924), que propone el “*industrial unionism*”, como un modo de superar tanto la negociación anárquica de cualquier dirección del movimiento, como la conciliación de clase y el burocratismo **cupulista** de AFL y el “**cretinismo parlamentar**”. Entusiasmado con la experiencia del Soviete de Petrogrado en 1905, De Leon fue uno de los mayores animadores de los debates teóricos que se desarrollaron entre los sindicalistas revolucionarios y que condujeron la formación de la *Industrial Works of the Word* (IWW); formuló su “sindicalismo industrial” no solamente como propuesta de dirección democráticamente organizada del movimiento, sino como una concepción original de gestión de la economía socializada sobre la base del “autogobierno democrático local” articulado con instancias más amplias (Cf. Leon, Daniel de - *Socialist Industrial Unionism*, 1905, New York Labor, NY, 1960, pp. 70-72). En 1912, el candidato socialista a una serie de elecciones presidenciales - E. Debs (líder de la huelga de 1894) - tuvo 897 mil votos (6% del total), defendiendo la nacionalización de los ferrocarriles, de los servicios sociales y de los monopolios industriales. El inicio del siglo XX marcó el ascenso del IWW, que era más un movimiento de lo que una organización, bajo dirección del anarcosindicalista Bill Big Haywood (1869-1928). Los *wobblies*, como se quedaron conocidos, incorporaban sectores hasta entonces marginalizados (inmigrantes, trabajadores no cualificados, negros, mujeres), organizado con base en el sindicalismo industrial clasista (en oposición al sindicato por profesión); sustentaron largas huelgas y movilizaciones, enfrentado una represión burguesa salvaje. En 1914, por ejemplo, en la masiva huelga de los mineros del Colorado, los huelguistas expulsos de sus casas (de



propiedad de la empresa) hicieron campamentos con sus familias en terrenos públicos. La policía disparó contra el campamento y quemó las barracas, asesinando los obreros, sus mujeres y hijos. La campaña de la IWW contra la participación estadounidense en la Primera Guerra fue reprimida con la aplicación de la ley de espionaje, que llevó más de dos mil *wobblies* para la cárcel en 1917 y obligó Haywood al exilio perpetuo en URSS. Debs fue condenado a diez años de cárcel, de la cual volvió a presentarse como candidato presidencial (923 mil votos en 1920). A pesar de la represión, en 1919 hubo una ola de huelgas sin precedente en EE.UU., con la adhesión de 4,2 millones de obreros (24,8% del total). Su punto culminante fue la huelga general de Seattle, inspirada parcialmente en la Revolución Rusa, cuando más de cien mil obreros paralizaron totalmente la ciudad (que tenía 250 mil habitantes) y la dirigieron colectivamente, organizándose para garantizar los servicios esenciales a través de un Consejo General de Uelga compuesto por representantes de comités locales (Cf. O'Connor, Harvey - Revolution in Seattle, Monthly Review, NY, 1964). En el periodo entre las Guerras Mundiales, cuando las élites de la burguesía intentaban estabilizar la economía y restablecer la "calma social", tanto el "demócrata" Wilson, como los gobiernos "republicanos" W. Harding (1921-25), C. Coolidge (1925-29) desencadenan un aplastadora represión contra el sindicalismo revolucionario, culminando en la ejecución de Sacco y Vanzetti (1927). Él aplicó una estrategia que combinó la represión brutal contra los sectores revolucionarios del movimiento obrero (para destruirlo o al menos aislarlo) y un esfuerzo para "cooptar los "moderados". Fue así que el sindicalismo corporativo y "apolítico" (o sea, contra a cualquier política socialista) de AFL se tornó dominante; y después cada vez más burocrático, hasta perder toda capacidad de iniciativa. El apatía y la "despolitización" fue el resultado de la acción represiva y manipulatória de las fuerzas del orden (Cf. Dubofsky, Melvin - We Shall Be All: A History of the IWW, Quadrangle, NY, 1969; Weinstein, James - The Decline of Socialism in America, Random House, NY, 1967).

La ferocidad de la represión contra una clase obrera que empezaba a tener conciencia de su fuerza y potencial fue parte de una estrategia amplia de la ya **más poderosa burguesía del mundo** para recomponer la unidad entre las nuevas condiciones de acumulación de capital - entonces comprometidas por la caída abrupta en la tasa de ganancia - e sus aparatos de hegemonía. La situación de crisis mundial del capitalismo, asociada a las particularidades de la formación social estadounidense, llevó la gran burguesía a una estrategia de "guerra de posición" contra el proletariado; a través de una serie de operaciones económicas, políticas y culturales con el objetivo de reconducir la clase obrera al terreno de la lucha económico-corporativa. El expansionismo imperialista acentuaba las tendencias a la reacción y a la autocracia. Hay un evidente entrelazamiento entre el imperialismo y el oportunismo en el movimiento obrero. La obtención de elevadas ganancias monopolistas por los capitalistas y la riqueza avenida de los países dependientes les ofrece la posibilidad económica de sobornar amplios sectores del proletariado y de contaminarlos con una ideología imperialista. Para combatir esta supremacía el movimiento socialista precisaba incluir el control al oportunismo en interior de una estrategia general capaz de movilizar las masas para la negación práctica eficaz de las estructuras reproductivas dominantes. Sin embargo, el socialismo estadounidense todavía era marcado por un escaso y no orgánico conocimiento de si



propio e de su rival de clase; lo que no le permitió realizar plenamente sus potencialidades. La precariedad y el empirismo de su relación con la realidad que pretendía transformar, la escasa comprensión de las estrategias de las clases dominantes y del Estado significa una escasa conciencia de clase y, por tanto ineficiencia de los partidos, etc. Mientras esto, la gran burguesía, que ya disponía de una fuerza material aplastadora y del correspondiente arsenal político, desarrolla una “industria cultural” que estimula el conformismo, el consumismo, el chauvinismo y el racismo. Al lado de los grandes periódicos ilustrados y de la radio, Hollywood se transforma en una gran fábrica de mitos sintéticos. Veteranos de la Primera Guerra reorganizan la *Ku-Klux-Klan*, con sus métodos de costumbre de asesinato y terrorismo no solamente contra los negros “en defensa de la supremacía blanca y da pureza da raza”, sino en contra de “nuevos enemigos”: los judíos (“devastadores de la economía y enemigos de la civilización cristiana), los “metecos sindicalistas”, los socialistas y después los comunistas (“enemigos del orden y de los valores americanos”). El presidente Wilson elogió la película *Nacimiento de una Nación* (*The Birth of a Nation*, dirigido por D.W. Griffith, 1916); que hacía apología de la “acción purificadora” de la tenebrosa *KKK* como paladina del “americanismo” y de la restauración de la política y del estilo de vida del sur. En la década de 20 la *KKK* atingió más de 4 millones de adeptos; en los años 30 se aproximó del fascismo europeo; promovió grandes comicios juntamente con el Partido Germano-Americano (que recibía verbas del gobierno nazista), “en defensa de la solidaridad ariana nacional e internacional” (Cf. Wade, Wyn - *The Fiery Cross: The Ku Klux Klan in America*, Simon & Suster, NY, 1988). A pesar de la economía mundial atravesar entre 1914 a 1940/45 por un largo periodo de retracción económica y dificultad de valorización de capital; EE.UU. - que después de la guerra se convirtió de país deudor para la mayor potencia acreedora del mercado mundial - tuvo entre 1924-28 un impulso de gran prosperidad. Elementos pre-fascistas se mezclaban con la especulación desenfrenada (embestidores sacaban préstamos bancarios para comprar acciones y revenderlas por precios multiplicados; de 25 a 29 al total de las acciones se convirtió de 27 mil millones para 98 mil millones de dólares, mientras que el valor real de las empresas que esas acciones representaban no había siquiera duplicado). En los años 20 de las melindrosas, de los contorsionismos del *charlestson*, de la “generación del jazz y del gim”, convivía con el “prohibicionismo”, el bandidaje profesionalizado de las mafias y la corrupción generalizada. La busca sin pudor de la ganancia tenía del otro lado de su faceta la injusticia social y la represión cruel y brutal. Por detrás de la cortina de la frenética prosperidad se escondía “otra América”: la de la miseria, de la degradación colectiva (que atingían, sobre todo poblaciones negras e inmigrantes); la fuerza de la industria fordista se combinaba con el crecimiento de la desigualdad y de las disparidades regionales: 60% de las familias americanas vivían en una condición baja de subsistencia, en medio a la pobreza y a la desnutrición; la caída de los precios agrícolas arruinaba los pequeños dueños de haciendas. La gran depresión de 1929-33 desveló el “hecho crudo” que por detrás del mundo del *Grande Gatsby* existía lo de *Grapes of Wrath* [*Las Uvas de la Ira*]. La obsoleta ideología del darwinismo social - que trataba de las reivindicaciones obreras como resentimiento de “fracasados” y exaltaba a los que “vencen en la vida” - había perdido eficacia. Con el crecimiento de las empresas y del movimiento obrero que



cuestionaba la autoridad del burgués dentro de la fábrica; surgen al mismo tiempo el taylorismo, la “psicología industrial” y una gran ofensiva contra los sindicatos (Cf. Bendix, R. *op. cit.*, pp. 278-91). El *elemento decisivo de la reorganización de la industria y de la nueva hegemonía del capital monopolista en EE.UU. fue lo que quedó conocido como fordismo*. En una serie de ensayos, Gramsci analiza el fenómeno como totalidad, como reforma del bloque histórico capitalista, vivida en su expresión más avanzada, la formación social estadounidense: “el americanismo y el fordismo derivan de la necesidad inmanente” de superar el “viejo individualismo económico” y “organizar una economía programática”. Se trata de un “movimiento progresivo ulterior”, posibilitado por las fuerzas productivas generadas por la segunda revolución tecnológica, en que el capital financiero intenta “manipular” las fuerzas “subalternas” y aliadas, respondiendo a la “crisis orgánica” del capitalismo monopolista: “el fordismo como punto extremo en el proceso de tentativas sucesivas de superar la ley tendencial de la caída de la tasa de ganancia” (Cf. Gramsci, Antonio - Americanismo e Fordismo [1934], In: Quaderni del Cárcere [Turi, 1929-35], Einaudi, Torino, 1977, v. 4, pp. 2137-2181, cit. p. 2139-40). El fordismo no representa una transformación esencial del capitalismo, tampoco una fase de su desarrollo histórico (como el *acumulación primitiva*, el *capitalismo competitivo* y el *imperialismo*). El abordaje de Gramsci es totalmente distinto de las tesis superficiales de la “Escuela da Regulación”, que desconecta el estudio de “paradigmas industriales”, “regímenes de acumulación” y “modos de regulación” de sus bases sociales, de la lucha de clases y de las leyes del movimiento del modo de producción capitalista. Gramsci demuestra concretamente como la nueva organización del proceso de trabajo (basada en la “gestión científica” taylorista, en la línea de montaje temporalizada, en la descalificación del trabajo) se relaciona internamente, es decir, “hace un bloque”, con una “nueva configuración de las relaciones entre intelectuales y masa” en el proceso de recomposición de la hegemonía burguesa y con una modernización conservadora de las “ideologías constitutivas del real”. Gramsci apunta la atención para el desarrollo desigual del capitalismo, al comparar “civilización americana y europea” y las formas distintas por la cual la gran burguesía contestó la crisis del capitalismo, en Italia con el fascismo y en América con el fordismo. La “vieja y anacrónica estructura demográfica de Europa” y las “camadas de plomo” de origen feudal de la estructura social y política de los países que no realizaron “revoluciones jacobinas”, son poco compatibles con la “forma modernísima de producción” fordista: “el americanismo, en su forma más concluida, exige una condición preliminar (...) una composición demográfica racional”, que consiste en el pequeño peso de las “clases totalmente parasitarias” sin una “función esencial en el mundo de la producción” (*Ibíd.* p. 2141); exige todavía “una nueva política económica que renové, modernizándola, la estructura económica de la nación mismo dentro del viejo orden” capitalista, “un determinado ambiente, una determinada estructura social (o ganas de crearla) y un determinado tipo de Estado” (p. 2157). EE.UU. no está envuelto por estas “camadas de plomo”. Esta es la razón principal (más que las riquezas naturales) de su “formidable acumulación de capitales, a pesar del nivel de vida de las clases populares ser superior al europeo” (p. 2145). La gran industria, como institución privada, al mismo tiempo propuso y impuso su proyecto político a la sociedad. La “racionalización” burguesa de la producción combinó “con habilidad el uso de la fuerza (destrucción del sindicalismo



obrero de base territorial) con la persuasión (altos salarios, beneficios sociales diversos, propaganda ideológica y política muy hábil) para, finalmente basar toda la vida del país en la producción; la hegemonía viene de la fábrica (...) la 'estructura' domina más inmediatamente las superestructuras" (p. 2145-6). El "gorila amaestrado" es el hombre ideal del taylorismo, que "exprime con cinismo brutal el objetivo de la sociedad americana; desarrollar al máximo en el trabajador las actitudes maquinales y automáticas, romper el antiguo nexo psicofísico del trabajador profesional cualificado, que exigía una determinada participación activa de la inteligencia, de la fantasía, de la iniciativa del trabajador" (2165). Además de separar radicalmente *concepción* y *ejecución* y transferir para los gerentes los conocimientos acumulados por los trabajadores (quebrando el poder de gaños de los obreros cualificados), el taylorismo camufla relaciones de poder social como se fuesen cuestiones "**técnico-organizacionales**". El fordismo incorpora estos "principios" en un proyecto más amplio, con el objetivo de destruir las organizaciones de combate obrero, incorporarlas en el sistema y "racionalizar" (del punto de vista del capital) desde el cotidiano obrero hasta el conjunto de la reproducción social: "los nuevos métodos de trabajo son indisolublemente ligados a un cierto modo de vida, a una cierta manera de pensar y sentir la vida; no se puede obtener éxito en uno de esos dominios sin que se obtenga resultados tangibles en el otro" (*Ibíd.*, p. 2164). Para modelar un nuevo tipo de trabajador - automatizado como la fábrica - surge un *proyecto privado de dominación social*: vigilancia de la sexualidad obrera, prescripción de como gastar el salario, etc. En los casos en que hace falta recursos a la fábrica para controlar las prácticas sociales, como el alcoholismo, el Estado usa métodos coercitivos; la "ley seca" movilizó todo el aparato policial y judicial estadounidense. "En América, la racionalización del trabajo y el prohibicionismo están indisolublemente ligados: las averiguaciones de los dueños de las industrias sobre la vida íntima de los obreros, a los servicios de inspección creados por algunas empresas para controlar la 'moralidad' de los obreros son necesidades del nuevo método de trabajo". Este "puritanismo" tiene como objetivo "impedir el colapso fisiológico del trabajador presionado por el nuevo método de producción" (*Ibidem*). Los altos salarios son una "forma pasajera de retribución" importante en las nuevas estrategias de construcción de hegemonía de la burguesía: "La adaptación a los nuevos métodos de producción no ser obtenida solamente a través de la coerción social" (al contrario del "prejuicio muy difundido" en Europa y en Japón). "La coerción debe ser combinada de modo sabio con la persuasión y el consentimiento, lo que se puede obtener por una mejor forma de retribución, que permita un cierto padrón de vida, capaz de mantener y renovar las fuerzas consumidas por el nuevo tipo de cansancio" (p. 2171-72). Para organizar la producción es necesario, al mismo tiempo, organizar en relación a ella y para ella toda la sociedad, envolviendo tareas de represión, de garantías sociales, de ampliación del mercado interno y externo, de propaganda ideológica. En este sentido, más elevado y político, las tendencias "todavía privadas" que el fordismo pone en acción "pueden convertirse, en cierto punto, ideología estatal" (p. 2166).

Gramsci considera que el "americanismo" del siglo. XX es una especie de "revolución pasiva", un "fenómeno transitorio", en el sentido de "no marcar época" y no de "poca duración" (Id. Passato e Presente [1933], p. 1744). Él reconoce que el "americanismo



fordista” demuestra que todavía no hay posibilidad de desarrollo de las fuerzas productivas en el interior de las relaciones capitalistas. De ahí la “importancia, el significado, el *alcance objetivo* del fenómeno americano”, que es la culminación de la “revolución pasiva” e hinca el nivel de la respuesta que el movimiento proletario debe elaborar en su lucha por la hegemonía. Gramsci prevé que Mussolini fracasaría en el intento de “**fordización**” de la industria italiana. El “método Ford” tiende a “generalizarse” en otros países capitalistas avanzados; “pero para que esto ocurra es necesario un largo proceso, en el cual se verifiquen cambios en las condiciones sociales y hábitos individuales”; condiciones que pueden darse solamente con el fin del fascismo, pues exigen además de “coerción” institución que posibiliten la “persuasión” y “posibilidades de mejorar el nivel de vida” (Id. Americanismo e Fordismo, pp. 2165 e 2173). Sin embargo, para Gramsci, la “vía americana” representada por el fordismo no es capaz de elaborar una “nueva humanidad y espiritualidad” adecuada a una “civilización del trabajo”; “no se trata de una nueva civilización, porque no cambia el carácter de las clases fundamentales”; es un “prolongamiento e intensificación” del capitalismo de la vieja Europa, que asumió “características particulares en el ambiente americano (...) no una diferencia de cualidad, sino de grado” (Id. Americanismo [1930], Quaderni 1, p. 297). La crítica de Gramsci al americanismo no es movida por nostalgia de la industria artesanal. Él saca su poesía de una época que todavía no ha nacido, en la cual, para el trabajador, la satisfacción de producir para atender sus necesidades (y no la ganancia para el capitalista) se combinará con el dominio consciente e intencional del proceso del trabajo, con las estupefacciones de la ciencia y la creatividad de la ingeniería, en una sociedad en la cual todos serían beneficiados de eso: “no se debe esperar que la reconstrucción sea iniciada por grupos sociales ‘condenados’, sino por aquellos que están creando, por imposición y a través del propio sufrimiento, las bases materiales de este nuevo orden”. Esto irá exigir autodisciplina: “Ellos ‘deben’ encontrar el sistema de vida ‘original’, y no de marca americana, para transformar en libertad lo que hoy es necesidad” (Id. Americanismo e Fordismo, p. 2179). Gramsci ve en el partido comunista el mediador de esa autodisciplina; pero esto puede ocurrir solamente si el nexo partido-sociedad-Estado hacer avanzar la transición socialista y si el origen de la disciplina es democrática. Él da énfasis en el papel mediador del partido, la tarea de activación, educación y desarrollo de la iniciativa de las masas; y no de herramienta y control alienado de ellas (Cf. Id. Sulla Burocrazia [1932], pp.1632-35).

Es inteligible el análisis gramsciano de que el americanismo puede extender el capitalismo, pero que no “hará época”. Él destaca que mismo los “altos salarios” - que están “restringidos a una aristocracia obrera y no son pagos a todos los trabajadores americanos” - es algo que irá desaparecer: “la industria americana disfruta todavía del monopolio que le fue proporcionado por la primacía en la implantación de nuevos métodos; a las ganancias del monopolio corresponden salarios de monopolio”; pero éste “será necesariamente, primero limitado y, por siguiente, destruido por la difusión de los nuevos métodos tanto dentro de EE.UU. como fuera (...) y de esa manera desaparecerán las ganancias elevadas, y también los altos salarios” (Id. “Americanismo e Fordismo” p. 2172). Gramsci observa, con razón, que el fordismo todavía no había generado las condiciones para superar la larga crisis que el capitalismo sufría y que se desarrollaban ya



“formas de parasitismo” en EE.UU. (*Ibíd.* pp. 2168-9). Además de eso, él prevé la reanimación del movimiento proletario y la derrota del taylorismo a medida que los trabajadores se adaptan al trabajo de rutina: “se verifica, entonces, que el cerebro del obrero al revés de momificarse, logra un estado de libertad completa”. Los industriales americanos en seguida tienen que comprender que “gorila amaestrado es solamente una frase”. El obrero permanece “a pesar de todo” un hombre: “él no solo piensa, sino el hecho de que el trabajo no le proporciona satisfacciones (...) puede llevarlo a un curso de pensamiento poco conformista” (p. 2171).

De hecho, fue en los años 30 - la década de la Gran Depresión, con 14 millones de desempleados (25% de la fuerza de trabajo), familias sumergidas en la miseria y en el desespero - que los obreros consiguieron implantar sindicatos en las industrias básicas (acero, coches, petróleo, etc.). Bajo hegemonía de los “moderados”, el partido socialista se había convertido para la AFL y asumió su hostilidad contra los trabajadores sin calificación (en especial negros e inmigrantes del sur y leste de Europa). Su mayor líder M. Hillquit (1869-1933) declaró en 1917 el apoyo de PS a “todas las medidas legislativas en favor de la prevención de inmigrantes” (apud: Aronowitz, Stanley - *Falses Promises: The Shaping of American Working Class Consciousness*, Duke UP, London, 1992, p. 143). Con el desaparecimiento del IWW y la caída de los socialistas el Partido Comunista de EE.UU. (CPUSA) se tornó la principal fuerza de izquierda. En condición de obligarse a la clandestinidad desde la fundación del partido en 1919, los comunistas hicieron el posible para superar las barreras raciales y combatir todas las manifestaciones e discriminación. Al comienzo de los años 20, más de 15 mil sospechosos de actividad comunista son enjuiciados; 245 son deportados para los territorios controlados por la contrarrevolución en Rusia. Incluso el esfuerzo de crear sindicatos combativos había que ser clandestino (como muestra la película *Mattewan* de Jonh Sayles, USA, 1987). El CPUSA fue hábil en percibir la situación de los trabajadores negros e inmigrantes y su capacidad de luchar por sus reivindicaciones en una época de crisis económica. A través de un órgano legal, la Liga de Educación Sindical (TUEL), bajo dirección del principal dirigente comunista William Foster (1881-1961), buscó una alianza con los activistas más enérgicos en la lucha por la formación de sindicatos unitarios por subdivisión industrial (y no por profesiones). Los comunistas presentaron la candidatura de Foster en las elecciones presidenciales de 1924, 28 y 32 (siempre con baja votación). El principal resultado positivo de su actividad fue constituir un frente de sindicatos, que se construyó en la lucha (a través de grandes huelgas entre 1927-29) como oposición organizada contra la prepotencia de la burocracia sindical de la AFL. El movimiento exploró en los años 1929-33 (la Gran Depresión), con ocupaciones de fábrica, huelgas agrícolas y protestas de millones de desempleados por todo EE.UU. (Cf. Foster, William Z. - *History of the Communist Party of the USA [1941]* Greenwood P., 1968, Id. *American Trade Unionism [1947]*, International Pub., NY, 1973; Id. *Outline Political History of the Americas*, International, NY, 1951. Para o ponto de vista trotskysta, v. Cannon, James - *The First Ten Years of American Communism [1962]*, Pathfinder, NY, 1996; Id. *La Historia del Trotskysmo Americano, 1928-38: Informe de un Participe [1944]*, Pathfinder, 2002. Um estudo atualizado: Johanningsmeier, Edward - *Forging American Communism*, PUP, Princeton, 1992). El gobierno de H. Hoover (1929-33) adoptó una actitud pasiva frente de



la crisis y represiva frente a los trabajadores. El nuevo fortalecimiento del movimiento proletario desarrolló un papel decisivo en las derrotas políticas de la derecha radical, impulsando los elementos de reforma democrática y de “bien-estar”, contenidas en el *New Deal* del presidente Franklin Roosevelt (1933-45). La depresión no fue profunda en EE.UU. como en Alemania. Pero lo que explica el fracaso de la KKK en América y el ascenso del nazismo germánico es el distinto desarrollo de sus formaciones sociales como totalidad. Si Henry Ford (1863-1947) era racista y autoritario (financió el libro anticomunista y antisemita *El Judío Internacional*, se arreglaba de medallas nazistas hasta 1938 y no toleraba los sindicatos); el fordismo, en su sentido amplio (perfeccionado en la *General Motors* y *Chrysler* y expandido para otras subdivisiones, como el sector eléctrico, de alimentos, de cigarros, etc.) era suficientemente flexible para buscar integrar los sindicatos a través de acuerdos colectivos y del uso de los fondos públicos. Las luchas sociales y obreras al final de los años 20 y 30 contribuyeron de modo decisivo para poner el capitalismo americano en ruta de colisión con el nazifascismo (Cf. Hounshell, David - *From the American System to the Mass Production 1800 -1932*, J. Hopkins UP, Baltimore, 1984; Bernstein, Irving - *Turbulent Years, a History of the American Worker 1933-1941*, Houghton, Boston, 1969).

No es acá el lugar para plantear la interesante controversia sobre el carácter del *New Deal* (Cf. Dubofsky, Melvyn [Ed.] *The New Deal. Conflicting Interpretations and Shifting Perspectives*, Garland, N.Y, 1992). El análisis del fenómeno no puede prescindir de la evaluación de distintos proyectos de sociedad presente en EE.UU. de los años 30 y de las políticas concretas de las diferentes clases sociales. El cártel introducido, de modo general en la industria, con el NIRA (National Industrial Recovery Act) de 1933 y la intervención del Estado, era condición indispensable para que los sectores monopolizados pudiesen defender su tasa de ganancia. El *Nuevo Trato* fue también apoyado por los pobres y por los sindicatos, debido a las medidas que garantizaron el aumento del poder de compra y de la capacidad de consumo de los asalariados, la creación del seguro desempleo y de la asistencia a los desempleados, la seguridad pública y el surgimiento de la economía de los pequeños campesinos, etc. Fue la primera aplicación sistemática de las teorías de John M. Keynes (1883-1946), orientadas para fundamentar políticas gubernamentales contra crisis cíclicas. Ellas debían basarse principalmente (pero no solamente) en sectores como tributación, manipulación del crédito, bajas tasas de juros, organización de grandes obras públicas y financiamiento de la economía por medio de déficits presupuestarios. En seguida, el gobierno consiguió aumentar su gasto en más de 70%; pero esto era radicalmente insuficiente para mantener el “**pleno empleo**”. En 1935, los comunistas apoyaron un sector disidente de la AFL que condució una larga y victoriosa huelga contra el truste del acero *US Steel*; que, sin el apoyo de la represión gubernamental, tuvo que ceder (semana de 40 h., aumento de 10%, reconocimiento del sindicato). Este sector del sindicalismo, más moderno y combativo, rompió con la AFL en 1938 y fundó el *Congress of Industrial Organizations* (CIO); que en seguida convirtió de 2 para 15 millones de afiliados. La reacción de los sectores más conservadores recrudesció cuando el desempleo todavía estaba arriba de 15%. La recesión retornó en 1937, pero la serie de huelgas de 38 - que generalizó las conquistas de 35 para varias categorías e garantizó nuevos avances, especialmente en las huelgas de ocupación (*site-down strikes*) del sector automovilístico -



presionó las oligarquías para que reculasen. Al mismo tiempo, Roosevelt abandona su conservadorismo fiscal, incrementa radicalmente los gastos estatales y el desempleo cae significativamente. Pero fue solamente con la entrada de EE.UU. en la Segunda Guerra Mundial (con las encomiendas del gobierno a la industria bélica y una regulación de la economía muy más sistemática) que el país salió de la gran depresión. Ideológicamente Roosevelt no era un liberal ortodoxo. Pretendía juntar capitalismo con democracia social. En 1940, habla en “libertad mediante la pobreza” como “una de las libertades esenciales e incluso irrenunciables para la democracia” (Cf. Commanger, H., *op. cit* v. 2, p. 449). No por acaso, fue acusado de traer el “americanismo” por la oposición reaccionaria. Una “injusticia”. Roosevelt puede vanagloriarse: “Fue esta administración que salvó el sistema de ganancias particulares y libre imprenta, después que éste se había encontrado tan próximo de la destrucción”. Al enfatizar “el sistema y la cultura americana”, él ataca Jefferson por haberse dejado influenciar en demasiado por las “teorías de los revolucionarios franceses” y convoca a los ciudadanos para que se opongan no solamente al comunismo, sino al socialismo, al iluminismo y “a cualquier otro ‘ismo’ forastero” (Roosevelt, Franklin D. - *The Public Papers* 9, 1940, *War and Aid to Democracies*, MacMillan, N.Y., 1941, p. 449). Sus partidarios permanecen prisioneros a los mitos imperialistas de la “misión extraordinaria de América” y a la ideología “americanista” de los WASP (Blancos, Anglo-Sajones y Protestantes), hostil a los inmigrantes y a las “ideas importadas”. Jamás fueron una *oposición de principios* a las tendencias más decididamente conservadoras y chauvinistas.

La política externa de Roosevelt es marcada por contradicciones semejantes: reconoce finalmente a URSS en 1933; pero también se aligera en reconocer los golpistas de España de Franco en 1937 e le vender **armas a crédito**, usadas por los fascistas para aplastar el gobierno democrático legítimo y la resistencia de masas al golpe. La administración de Roosevelt declaraba haber abandonado la “política del gran palo” y la “*diplomacia de cañoneras*”, sustituyéndola por la “política de buen vecindario” (articulada a la “diplomacia del dólar”, con el objetivo de imponer su hegemonía imperialista por medios económicos). Sin embargo, el dominio imperialista de EE.UU. en América Latina siguió apoyándose en un conjunto de dictadores y a dar su apoyo a una serie de golpes de Estado de tiránicos **pro-estadounidenses**. Los *marines* habían salido de la República Dominicana, pero EE.UU. apoyó instauración de la dictadura de Trujillo (1931-1961); salieron de El Salvador pero apoyan el golpe de Estado del GAL. Martínez (1932-1944); salieron de Haití (1934) pero dejaron el gobierno pro-imperialista de Luis Borno, inaugurando un linaje que va hasta François Duvalier “Papa Doc” (1957-71) y Jean-Claude Duvalier “Baby Doc” (1971-86); salieron de Nicaragua pero dejaron a su fiel Anastasio Somoza, que organiza el asesinato de Augusto Cezar Sandino en 1934. Franklin Roosevelt hablaba de modo amable sobre el jugador de póquer y falsario que se tornó en el sanguinario y corrupto *hombre de EE.UU.* en Managua: “*Somoza may be a son of a bitch, but he’s our son of a bitch*”. EE.UU. apoya dictaduras militares y regímenes reaccionarios por toda América Latina, donde (con raras y débiles excepciones) la democracia brillaba por la ausencia. La vía por la cual los países latinos americanos podrían “estropear el amable amistad de vecinos” con EE.UU. se tornaren más democráticos. En 1933, una huelga general revolucionaria en Cuba depuso la dictadura de Machado. El nuevo



gobierno reformista de Grau San Martín, en los cuatro meses que estuvo en el poder, adoptó medidas “imperdonables”: aumentó los salarios, disminuyó la jornada de trabajo para 8 h., inició un programa de reforma agraria, legalizó los sindicatos, realizó auditoria de la deuda y no reconoció un préstamo de US\$ 80 millones hecho por Machado, redució en 45% las tarifas de gas y electricidad. Contrarió, así, los “intereses americanos”: de las transnacionales interesadas en la superexplotación del trabajo, de los bancos acreedores, de las concesionarias de servicios. El Estado imperial se recusó a reconocer el nuevo gobierno de la isla y organizó el golpe que derrumbó Grau, sustituido por el “dulce” coronel Mendieta. Fue solamente después de la instauración de este gobierno fantoche que el gobierno Roosevelt llevó a cabo la resolución de la VI Conferencia de los Estados Americanos de 1928, de anular la Enmienda Platt. EE.UU. desarrollaron campañas contra Cárdenas en Méjico (que nacionalizó el petróleo en 1938 e intentó asentar las bases económicas de una democracia política) y contra Perón en Argentina (que defendía una política nacionalista y entró en conflicto con transnacionales norteamericanas). En estos casos, sin embargo, el apoyo a las fuerzas anti-Cárdenas y antiperonistas no llegó al golpe de Estado, tampoco hubo intervención militar. En diciembre de 1941, EE.UU. entran en guerra contra las potencias del Eje nazi-fascista.

La política interna y externa de Roosevelt constituyó un mejoramiento notable en relación a la política de sus predecesores y, sobre todo, en relación a sus sucesores. Habría una unidad de intereses tanto en el tratamiento de los **síntomas** de la depresión económica (aún que no a las **causas**, inherentemente ligadas al capitalismo) cuanto en la participación del EEUU en la guerra contra el Eje nazi-fascista. Pero, las lecciones del período no son favorables a los defensores de la conciliación de clases. La política de *empleos y paz* del *New Deal* fue producto de la lucha organizada e independiente de los trabajadores; la contención del intervencionismo americano fue resultado de la resistencia antiimperialista de las naciones oprimidas. Por otro lado, cuando el CPUSA dejó de practicar una política autónoma, sólo el aislamiento de la izquierda entre los trabajadores y contribuyó para desorganizar el proletariado, para diluir y desarticular su identidad y conciencia como clase social. El problema no fue la táctica de apoyo a Roosevelt en las elecciones de 1940 y 1944 para enfrentar el Eje. El problema fue el abandono de cualquier estrategia socialista y hasta mismo del proyecto de construir un partido clasista de los trabajadores americanos. El CPUSA se aisló de sus bases industriales combativas por su oposición a las huelgas y defensa congelamiento salarial durante la Guerra. Lo más grave fue la propia disolución del CPUSA en 1944, transformado en una sencilla Asociación Política Comunista (PCA). El entonces secretario general Browder (que sustituyó Foster, apartado a causa de un infarto durante la campaña presidencial de 1932 y solamente reconducido a esta función en 1945) dejó claro: “no levantaremos la cuestión del socialismo de una manera que pueda poner en peligro o aflojar (...) la unidad” (Browder, Earl 1944, apud: Starobin, Joseph - *American Communism in Crisis*, HUP, Cambridge, 1972, p. 57). En la práctica, como dijeron con razón los críticos comunistas de izquierda, se trataba de un abandono de cualquier estrategia revolucionaria socialista, que pudiese tornar cumulativas las victorias tácticas alcanzadas en la ampliación democrática del orden burgués. El CPUSA cedía a la presión burguesa y abandonaba el proyecto de construir un partido revolucionario de



trabajadores; se tornaba un apéndice del Partido Demócrata y dejaba el movimiento proletario totalmente vulnerable a la ofensiva reaccionaria del capital monopolista en el posguerra.

IMPERIALISMO Y FASCISMO EXTERIOR

La Guerra Fría tuvo su inicio real cuando (cinco meses después de la muerte de Roosevelt, que había sido reelecto para un cuarto mandato) el nuevo presidente americano Harry Truman (1945-1953) autorizó el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima, día 6 de agosto de 1945. Con Japón ya en negociaciones, él ordena que otra bomba sea tirada en el 9 sobre Nagasaki. Los dos bombardeos causaron inmediatamente 280 mil víctimas fatales y millones de personas largamente afectadas por secuelas. La justificativa de Truman fue que esto era un medio de “salvar vidas americanas” abreviando la guerra (ya que era imposible argumentar que el bombardeo nuclear era indispensable para la victoria contra el Japón entonces absolutamente correcta). En aquel momento, sin embargo, la estrategia de Washington tenía como objetivo inaugurar una nueva relación de poder no solamente frente a sus enemigos, pero sobre todo a sus aliados. Las élites estadounidenses estaban preocupadas con el fortalecimiento de los movimientos de liberación liderados por los comunistas en Asia (China, Corea, Vietnam). Roosevelt había pedido ayuda para URSS en la frente japonesa. Stálin declara guerra a Japón e, inmediatamente, el ejército rojo ataca Manchuria y a Corea, apoyado por la guerrilla comunista china y coreana, y avanza en las islas Sacalina y Curilas. El bombardeo atómico era útil para “impedir URSS, aliada de EE.UU.; de reivindicar una participación preponderante en la derrota de Japón” (Hobsbawn, Eric - *A Era dos Extremos*, Cia. das Letras, S.P., 1995, p. 35). Terminada la Guerra, las negociaciones de 1945 entre EUA, Inglaterra y URSS en Yalta y Postdam fueron inconclusas. Truman y Churchil no cumplen los acuerdos asumidos por Roosevelt durante la Guerra (que aceptó las reivindicaciones soviéticas de una “zona de protección” en Europa Central para evitar nuevos ataques y se comprometió con una ayuda sustantiva para la reconstrucción de la economía soviética, en reconocimiento de las terribles pérdidas humanas y materiales adquiridas por su esfuerzo de guerra). En el famoso discurso de Churchil en Fulton (Missouri, marzo de 1947), donde se habló por vez primera en “cortina de hierro”, ingleses y estadounidenses exigen la retirada de los soviéticos de los territorios de la Europa Oriental. Surge la *Doctrina Truman*, que define la Unión Soviética como nueva enemiga principal de EE.UU., y defiende la formación de un bloque de países imperialistas, sobre su incuestionable hegemonía, con Inglaterra, Francia y enemigos de la víspera, Alemania, Japón, Italia. El principal teórico del cuerpo diplomático norteamericano de la época, George Kennan, será el arquitecto del discurso oficial sobre la supuesta “amenaza totalitaria soviética”, para justificar todas las atrocidades de la policía imperialista de hegemonía mundial de EE.UU.: “la política de firme contención fue dibujada para confrontar los rusos, con toda la fuerza necesaria, en todo e cualquier lugar del mundo, donde ellos demuestren señales de ganas de ataque a los intereses y a la estabilidad del mundo libre” (Kennan, George - “The Sources of the Soviet Conduct”, In: *Foreign Affairs*, 25, 4, July 1947). Se comienza la inmensa y sofisticada “industria del anticomunismo”: altamente lucrativa para las clases



dominantes estadounidenses; y fundamental para la “legitimación” de la política de sus élites gubernamentales. Pero URSS estaba destruida por la guerra e su objetivo era paz y reconstrucción. Perdiera más de la mitad de la estructura productiva y 20 millones de hombres solamente en muertos (40% de los aproximadamente 60 millones del conjunto del conflicto). Entre la población había solamente 31 millones de hombres en comparación con 53 millones de mujeres (muchos de estos sobrevivientes eran inválidos y heridos de la guerra mundial). La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) fue creada en 1949 para contener la “amenaza soviética”. Pero desde el fin de la guerra hasta 1949, los soviéticos habían desmovilizado su ejército, reduciéndolo de 12 millones para 500 mil hombres. Un distinguido historiador critica con razón la versión ortodoxa de la guerra fría: “Rusia no podría absolutamente amenazar nadie en esa situación” (Deutscher, Isaac - “Mitos da Guerra Fría”, In: Horowitz, David - *Revolução e Repressão*, Zahar, R.J., 1969, p. 16).

URSS era una amenaza ideológica al “americanismo”, pero no era una amenaza militar a los Estados Unidos. URSS representaba la transición del capitalismo para el socialismo, la superación del capitalismo por un nuevo modo de producción y proceso civilizatório. Era inmenso su prestigio, en un momento en que la derrota del nazifascismo possibilitaba no solamente el surgimiento de otros países que iniciaban experiencias de transición para el socialismo en Europa, sino una importante participación de la izquierda en procesos que impulsiona la expansión de la democracia por toda parte. Tal ampliación no ocurrió solamente a causa del derrumbe de las dictaduras fascistas. El sufragio femenino triunfa por primera vez en varios países de la Europa Occidental. Desaparecen las sobrevivencias del “voto plural” y censitario, que todavía predominaban en un “país modelo del liberalismo” como Inglaterra. El sufragio universal igual - sin discriminación formal de raza, género o clase - se garantiza por toda parte. La ONU aprobó en 1948 una *Declaración de los Derechos del Hombre*, que además de afirmar las libertades y derechos políticos también consagra una concepción de democracia sustancial, proclamando derechos democráticos, económicos y sociales. El miedo de revoluciones socialistas lleva los países capitalistas de Europa Occidental y también de Japón a adoptar alguna versión de “Estado de Bien Estar Social”, apoyado en las teorías keynesianas. En Estados Unidos empieza a ser cuestionada la discriminación contra los negros y blancos pobres; introducida por el movimiento de desamancipación ocurrido al final del siglo XIX. Se comienza, ya en el final de la década de 1940, las primeras luchas del movimiento en favor de derechos civiles, que en la década de 1960 consiguió eliminar el sistema racista y segregacionista *Jim Crow*. Se refuerza la conciencia de los trabajadores y del ciudadano común de que en EE.UU. (ahora más rico que otro país cualquiera en el curso de la historia) es intolerable que una considerable masa de ciudadanos viva en la indigencia. Con el fin de la Guerra - con la percepción del gran desarrollo de la riqueza social y de la deterioración de los salarios debido a la alta inflación - la CIO organiza grandes huelgas. En este escenario, surge una nueva ofensiva de la gran burguesía contra los sindicatos y una ofensiva política e ideológica de la derecha de desamancipação y “minimización” de la democracia. La *Ley Taft-Hartley*, aprobada en 1947, revoca los artículos de la legislación laboral rooseveltiana que protegía los sindicatos (que especificaban lo que los patrones no podían hacer contra el derecho de los trabajadores se organizaran); prohíbe la “incitación a la huelga”; obliga a



los dirigentes sindicales a juraren que no eran comunistas; entre otras cláusulas represivas. La CIO expulsa los sindicatos “dirigidos por comunistas” y apoya la acción del gobierno Truman de poner los militantes de izquierda en la cárcel por violación de la *Taft-Hartley Act*. Truman firma el Orden Ejecutiva 9835, un “programa de lealtad” que excedía hasta mismo los rigores de restricción de guerra. Los funcionarios públicos son obligados a jurar no hacer parte de organizaciones consideradas bajo influencia comunista. El Congreso crea Comités de Investigación contra supuestas “Actividades Antiamericanas” y la “infiltración de comunistas en el servicio público”; desencadenando el frenesí de “caza a las brujas”, que dio notoriedad al mediocre y demagogo senador Joseph McCarthy (1908-1957), tan ignorante que no sabría distinguir Karl de Groucho Marx. Más de seis millones de personas son investigadas y seiscientas son despedidas de sus cargos por “lealtad cuestionable” (Cf. Belfrage, Cedric - *The American Inquisition, 1945-60: A Profile of McCarthy Era*, Thunder’s Press, NY, 1989). En 1948, la CIO abandonó su posición de defensa del *impuesto de renta progresivo* y de lucha para garantizar y aumentar los derechos sociales provenientes del Estado; adhirió a la vieja política de la AFL de valorar los “contratos” y no los “derechos sociales” y de limitarse a presiones sobre los empresarios, abandonando cualquier preocupación con políticas públicas universalistas. En 1955, las dos grandes organizaciones se funden, formando la AFL-CIO: retroceden al “sindicalismo de negocios” y se comprometen con el apoyo a la política externa imperialista de EE.UU. Existe una profunda interrelación entre el anticomunismo del “establishment”, la masiva fabricación de armas que bajo el capitalismo monopolista permitió m. alto nivel de empleo y el papel internacional del imperialismo estadounidense; el plus-valor que este extrae de la exportación de capital y el aparato militar que defiende esas inversiones. Sin embargo, para más allá de los errores de la izquierda, la principal razón de la adhesión del proletariado al sistema del capitalismo monopolista/imperialista no es su intoxicación por el anticomunismo, pero el hecho del sistema haber proporcionado salarios más elevados (300 a 200% mayores que en Europa y con una diferencia siempre superior a 1000% sobre los países dependientes) y una elevación real del nivel de consumo y de seguridad social durante tres décadas. Fue esto que determinó la aceptación del anticomunismo por la mayoría del proletariado americano; y no el anticomunismo a causa inicial o el momento predominante de la producción de la estabilidad social y adhesión del proletariado al sistema (aunque más tarde esta relación se convierta recíproca). Como vamos a ver, en el momento en que el sistema comienza a perder la capacidad de elevar o mantener el nivel de vida del proletariado interno, comienza a surgir una situación diferente.

Es con el proceso de descolonización que el movimiento de emancipación del siglo XX - iniciado con la Revolución de Octubre - atinge su punto culminante; y será en el nivel de las relaciones internacionales que la reacción en busca de la desemancipação será más radical. El movimiento de liberación nacional anticolonial y antiimperialista se combina con el movimiento revolucionario comunista, por transformaciones económico-sociales anticapitalistas orientadas para el socialismo. La existencia de la URSS y de otros países del “campo socialista” planteaba ciertas regiones fuera de los límites de la expansión capitalista y ofrecía apoyo a las revoluciones de los pueblos de América Latina, África y Asia. En este contexto, la denominada “política de contención” contra la URSS es



envoltorio de la contrarrevolución preventiva en escala mundial protagonizada por el sistema de poder imperialista hegemónico por Estados Unidos. **Desde entonces, las élites del grande capital estadounidense conducen una “guerra sin fin” contra cada un y todos los regímenes políticos alternativos efectivados o ensayados en el mundo: desde la intervención contra la revolución social de la Grecia en 1944-49 hasta la intervención en curso en Colombia, Venezuela, Palestina e Irak en 2005.** Son innumerables los casos de presiones, chantajes, bloqueos (militar, diplomático, económico, político, ideológico), desestabilizaciones, golpes de Estado para destituir regímenes alternativos (socialistas, antiimperialistas, democrático-radicales) o simplemente “no obedientes” a las imposiciones de Washington. El listado de intervenciones armadas directas y mercenarias es largo. El mensaje de los voceros ideológicos del imperialismo se sintetiza en ciertas jergas invariables: “Grecia fue salva para el Occidente”, “los comunistas fueron contenidos en Corea” [1950-03], “Irán [1953] fue salvo para el mundo libre y el libre mercado”. Derrotados en China con la victoria de la revolución de 1949, EE.UU. sustituyen los franceses en Indochina, o sea, en la Guerra del Vietnam (1951-75). Después de violar los acuerdos de Ginebra de 1954, en el cual los franceses reconocieron la independencia del Vietnam, EE.UU. divide el Vietnam al medio, ocupa la parte sur y desencadena dos décadas de agresión sin precedentes. El mayor aparato militar del mundo lanza sobre Vietnam más bombas que todas las utilizadas en la segunda guerra mundial. En 1975 los revolucionarios vietnamitas derrotan definitivamente los agresores colonial-imperialistas y sus títeres internos; promueven elecciones generales en todo país reunificado como República Socialista del Vietnam. La derrota provocará, como vamos a ver más adelante, ciertas redefiniciones estratégicas de EE.UU. Pero este fue apenas uno de los varios episodios de una estrategia geopolítica de busca de la mayor expansión posible del sistema capitalista mundial. Las agresiones ocurren en la medida que el Estado imperialista estadounidense se transforma en la más letal y poderosa máquina de guerra ya conocida: invasión de Indonesia para derrumbar el gobierno *no aliado* de Sukarno (con la masacre de 5 millones de civiles y un millón de comunistas, cuando el imperio impuso la dictadura títere de Suharto); la invasión del Congo en 1965 y el apoyo a los racistas de África del Sur y a otros grupos fascistas para contener los movimientos de liberación nacional anticolonialistas y anti-imperialistas en África; toda una serie de intervenciones militares en América Latina (Guatemala 1954, Cuba 1961, República Dominicana 1965, Nicaragua 1979-90, El Salvador 1980-90, Granada 1983, Panamá 1989); sin contar los golpes de Estado, numerosos demasíadamente para que sean relacionadas aquí. Esta máquina de guerra se apoya en un gigantesco complejo militar-industrial-ideológico-académico, que se expande mundialmente y se mueve en nombre de la “democracia” y de la “civilización occidental cristiana”. La ideología imperialista-americanista sataniza pueblos y naciones, culturas y civilizaciones, experiencias sociales emancipadoras y distintos modos de producir, de ser, de estilo de vida. **La “occidentalización del mundo” se convierte en una americanización del mundo.**

Esto no quiere decir que la hegemonía del imperialismo americano elimine la **competición inter-imperialista**. El enlazamiento entre **imperialismo y transnacionales** (o sea, empresas con un control accionista nacional bien definido que



operan en varios países) va apoyarse en **Estados capitalistas nacionales**. Estos participan de la competición imperialista para imponer a los demás Estados y economías nacionales, a su moneda, a su “deuda pública” y a su sistema de tributación; como lastro de un sistema monetario internacional transformado en el espacio privilegiado de expansión de su capital financiero. En contraste con las metrópolis absolutistas mercantilistas del siglo. XVI al XVIII, con el neocolonialismo capitalista del período de hegemonía inglesa, seguido del imperialismo del final del siglo. XIX e inicio del siglo XX, el Estado capitalista del posguerra no necesita conquistar y mantener imperios propiamente coloniales. Sigue la competición ínter imperialista por el expolio del “territorio económico” de las naciones dependientes y subdesarrolladas. Pero las transnacionales realizan el esfuerzo directo de ocupación económica, tomando por coordinación los órganos multilaterales creados en *Bretton Woods* y por retaguardia el sistema de poder conjugado del imperialismo y la máquina estatal-militar de Estados Unidos. Desde los primordios de esta evolución, un observador arguto como Lukács, fue capaz de adelantar que las estructuras y funciones – sobre todo externas, pero también internas - que estaban constituyendo el Estado imperialista de EE.UU. después de la Segunda Guerra Mundial contenían fuertes potencialidades **fascistizantes**. EE.UU. tenía inclinación a recurrir al fascismo para garantizar las necesidades deshumanizantes de su capital financiero: “La Constitución de Estados Unidos fue desde el inicio, al revés de la Alemania, una Constitución democrática. La clase dominante había logrado, especialmente en el periodo imperialista, mantener las formas democráticas de modo a preservar, con los medios de la legalidad democrática, una dictadura del capital monopolista tan vigorosa cuanto la que Hitler lograra con procedimientos tiránicos. Las prerrogativas del Presidente de EE.UU., el poder de decisión de la Suprema Corte en materia constitucional (...) el monopolio financiero sobre la prensa, los enormes gastos electorales, que impiden de modo eficaz la formación y el desarrollo de verdaderos partidos democráticos junto a los partidos tradicionales de los monopolios capitalistas, y finalmente, el empleo de medios terroristas, todo contribuye para levantar una máquina (...) que puede lograr sin romper formalmente con la ‘democracia’, todo aquello que aspiraba”. Hitler. A todo esto se debe acrecentar la base económica incomparablemente más extensa y más sólida del capitalismo monopolista en Estados Unidos”. El filósofo húngaro acrecienta, entonces, varias especificaciones sobre las particularidades de las condiciones económicas, políticas e ideológicas de EE.UU. en relación a la Alemania; fundamentales para explicar cómo y por qué en el caso estadounidense del posguerra la manutención del ideal de las “libertades democráticas” como arquetipo de sistema de gobierno “pude convirtiéndose gradualmente en un sistema de coacción fascista, sin necesidad de implantar ninguna forma de cambios formales” (Lukács, Györg - *Asalto a la Razón* [Berlín, 1953], Grijalbo, Barcelona, 1967, pp. 622-3).

¿Pero cómo el capitalismo logró recuperarse de la Gran Depresión? El marxista belga Ernest Mandel aporta elementos importantes para la explicación de esta recuperación, en el ámbito de una teoría sobre las “**ondas largas**” de la economía capitalista. Él renovó el interés por la reflexión del funcionalista ruso N. Kondratiev (que medio as “ondas largas”, valiéndose de acumulo teórico e metodológico da escuela de F. Simiand). Mandel le relaciona “a la ley tendencial de la caída de la tasa de ganancia” y a los varios complejos



contradictorios del movimiento del capital desvendados por el análisis marxiano. Él demuestra que la lógica interna de la propia economía mundial explica la naturaleza acumulativa de cada **“onda longa expansiva”** una vez iniciada y su agotamiento, con una larga fase de enflaquecimiento de la economía, estagnación, caída de la tasa de ganancias y recesión general. (Cf. Mandel, Ernest - O Capitalismo Tardío [Frankfurt am Main, 1972], Abril Cultural, S.P., 1982). La intervención del Estado en la economía y el incremento en la explotación de los trabajadores favoreció la acumulación de capital; lo que es acompañado por una gigantesca concentración y centralización de capital en las condiciones de guerra. De inicio este capital es proyectado en la producción de armamentos y después invertido en las innovaciones de la **tercera revolución tecnológica**. Esta última se caracterizó por el control generalizado de las máquinas a través del aparato electrónico (como también a través de la gradual introducción de la energía nuclear y de la informática); lo que promovió el abaratamiento del capital constante con la elevación de la productividad y permitió una elevación de largo plazo en la tasa de ganancias. Este acrecimiento general en la tasa de ganancias, el aumento del consumo del Estado y de los trabajadores y la apertura de nuevos mercados - con la intensificación de la división internacional del trabajo en los países imperialistas y el inicio de la industrialización en los países dependientes - están en la base del largo *boom* de casi tres décadas (de 1941/48 a 1966/73) de predominante prosperidad, que quedó conocida como “Era de Oro” del capitalismo.

Sin embargo, el pasaje del “onda larga recesiva” para una “expansiva” depende también de determinaciones extraeconómicas, sobre todo políticas. **Los resultados de la lucha de clases (de la larga guerra civil mundial en las tres décadas de depresión - entre 1914 y 1945) generan una coyuntura marcada por la inviabilidad social y política de permitirse un retorno del desempleo en masa.** Sectores hegemónicos de las propias élites capitalistas aceptan el diagnóstico keynesiano de que la Gran Depresión resulta del fracaso del “libre mercado incondicional, cuyo movimiento ciego había llevado al retroceso de la producción material y a las dificultades crecientes para la acumulación de capital. Grupos “peso pesado” del capital financiero estadounidense (Standard Oil, General Electric, GM, IBM, Sears Roebuck) - que apoyaron la experiencia del New Deal rooseveltiano contra la vieja tradición liberal (representada por la Liberty League y la National Association of Manufacturers) - empiezan a defender que el mercado debe ser suplementado por el esquema de planeamiento estatal y administración económica a servicio del capital. El resultado de la guerra ínter imperialista fue la victoria de la potencia capitalista más dinámica, EE.UU. Las élites gubernamentales norteamericanas se apresuran para organizar una reforma profunda (económica, política y militar) del sistema capitalista mundial. La Conferencia de *Bretton Woods* (Geórgia, USA, 1944) fue un marco de este esfuerzo. Tuvo como protagonista el propio Keynes, el jefe de la delegación británica que dio el tono de la discusión teórica (junto con su discípulo americano Harry White). Ninguno de los dos se encontraba allí para participar de un debate académico, sino para defender intereses muy concretos de sus Estados y de sus capitales financieros. El principal resultado de los Acuerdos de *Bretton Woods* fue la creación del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (BIRD o Banco Mundial). La idea de crear una Organización Mundial del Comercio fue



postergada, sustituida por algo bien más modesto, el Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT), una estructura para reducir barreras comerciales a través de bangañas frecuentes. La supremacía estadounidense era un hecho. Independiente de las coincidencias teóricas de los dos representantes anglo-sajones, en casi todos las cuestiones en que ellos divergían (el estructura institucional del fomento de la inversión internacional y del tratamiento de los problemas de medida de los pagamientos y de la estabilidad del cambio) prevaleció la posición americana. **Para todos los efectos, el FMI y el BIRD se tornaron de hecho subordinados a la política de EE.UU.** Fue recusada la propuesta de Keynes de crear una moneda internacional, para la cual serían compulsoriamente convertidas las reservas de todos países y depositadas en un tipo banco central internacional. El sistema monetario adoptado tendrá por base el padrón dólar-oro, el *dollar exchange Standard* (US\$35,00 por *onça troy*), de acuerdo con el interés de EE.UU. Las propuestas de Keynes tuvieron recepción en cuanto al combate a la especulación, pues quedó establecida la creación de un sistema de controles estatales sobre los movimientos internacionales de capital. La posición ultra-liberal de los financistas solamente fue derrotada (provisoriamente) a causa de la crisis de escasez de dólares en Europa y por la amenaza de victoria político-electoral de los comunistas en Francia e Italia en 1947.

Es en esta coyuntura que se explica el **Plan Marshall**, inaugurado en julio de 1947. El plan de gran auxilio de EE.UU. a la reconstrucción de la Europa Occidental fue fundamental para la rápida recuperación de la economía de la región. La superioridad económica de EE.UU., en este momento, atinge el ápice: detenían aproximadamente 60% de todo el estoque de capital de los países imperialistas y producían más de 60% de toda la producción d ellos (Cf. Armstrong, Philip et al. - *Capitalism since 1945*, OUP, Oxford, 1991, p. 151). Las formulaciones estadounidenses originales tenían como objetivo combinar su proteccionismo, de tarifas tradicionalmente altas, con la imposición de una amplia liberalización del comercio y del cambio de otros países; para facilitar una agresiva expansión de las exportaciones americanas. Pero esta posición demostró irrealista. No solamente por la resistencia de otros países. Las necesidades de la Guerra Fría y las gravísimas tensiones de la situación europea llevaron Washington a adoptar una visión más amplia y priorizar la recuperación de la economía europea y, un poco más tarde, también de la japonesa. La necesidad de “contener el comunismo” (en ese caso el movimiento de masa europeo, potencialmente revolucionario), convenció los norteamericanos que era políticamente urgente ayudar sus futuros competidores a crecer lo más de prisa posible. El cambio de la posición estadounidense frente a los problemas de recuperación de la economía destruida de los países derrotados – en particular Alemania, Japón e Italia – se convirtió en piedra angular del conjunto de la estrategia del campo imperialista. Para los americanos, la restauración de la fuerza económica de estos países (especialmente Alemania) era una necesidad para la formación del sistema político-militar de “contención del comunismo” - la OTAN - que era el complemento del Plan Marshall. Estos países se convirtieron en un tipo híbrido de Estado imperialista. Ellos no se transformaron en colonias americanas. Son países imperialistas, con su propio capital financiero y sus propias transnacionales. Pero fueron “desarmados” y transformados en sede de las principales bases militares americanas, fuera del territorio de EE.UU. Fiori



apunta para la originalidad histórica de la composición en que se basó la “hegemonía mundial americana” entre el posguerra y la década de 1970: “EE.UU. expandió su poder político a través de la competición militar con URSS, una potencia con la cual mantenía relaciones de complementariedad económica, y que, podría ser destruida en caso de necesidad, “sien tributo” para su economía; y “expandió su riqueza a través de relaciones económicas complementares y dinámicas con competidores desarmados e incapaces de enfrentar militarmente EE.UU.” (Fiori, José Luiz et al. O Poder Americano, Vozes, Petrópolis, 2004, p. 89).

Ocurre que esa ingeniería estratégica se da en un sistema mundial contradictorio: el movimiento continuo de las relaciones “complementares” y “competitivas” entre Estados, tiene como base las contradicciones del dominio del capital y ese es cruzado por los conflictos de clase. Es a través del análisis de este fondo social contradictorio que se puede comprender que la “hegemonía internacional” de una potencia no se limita a “estabilizar” el funcionamiento de un sistema; pero al mismo tiempo **agrava contradicciones y conflictos que se inclinan a desestabilizar el sistema** (pues se mantienen activos y cada vez más agudos, mismo en los momentos en que aparentemente es más tranquila a la Pax imperial hegemónica).

La ingeniería económica keynesiana solamente podría tener un éxito efímero, pues se basaba en una tentativa de estabilizar condiciones que se auto eliminaban. Keynes tenía razón al refutar los economistas neoclásicos, que creían que el sistema capitalista se inclinaba espontáneamente, por la actuación de las leyes de mercado, al equilibrio y a un crecimiento natural. Sin embargo, a revés de Marx, Keynes ignora que el ciclo económico (o industrial) es algo imposible de eliminarse en el capitalismo; pues el ciclo y sus crisis es resultado inevitable de las leyes del modo de producción capitalista.

Keynes defiende la lógica del sistema capitalista y se limita a buscar perfeccionarlo, reforzando las posiciones del capital. Creía que el nivel de renta nacional es una función del nivel de empleo y que una política de gastos deficitarios del gobierno crearía un ciclo virtuoso al garantizar el “pleno empleo” (o casi) con altas tasas de crecimiento económico por largos periodos, talvez para siempre. Es cierto que estas políticas, al aumentar la “demanda agregada” con medidas favorables al consumo, pueden (durante algún tiempo) aumentar las ventas y la producción de bienes de consumo popular. Sin embargo, esto solamente llevará a los capitalistas a aumentaren la inversión productiva si, simultáneamente, hicieren aumentar la tasa de ganancia y las expectativas de ganancia. Esto exige un gran conjunto de circunstancias casuales que raramente ocurren; e cuando ocurren jamás son producidas por las políticas keynesianas. Marx también llama la atención para las contradicciones entre producción y consumo en el modo de producción capitalista. La contradicción entre la creciente producción y la creciente productividad de las fuerzas productivas, por un lado, y la base estrecha de consumo de los trabajadores (más estrecha, todavía, en el caso de los desempleados y de las masas permanentemente excluidas del mercado de trabajo), por otro. Sin embargo, Marx no tuvo una visión monocausal del ciclo y de las crisis capitalistas. Marx **combina siempre la inclinación a la superproducción de mercancías con la inclinación a la superacumulación de capital (imposibilidad de valoración de capital a una tasa mediana de ganancia) y también a las contradicciones entre producción y control y entre producción y**



circulación. Para Marx, la renta nacional en el capitalismo no es apenas función del nivel de consumo y de empleo, sino una función de la tasa de ganancia (quiere decir, el nivel de empleo es también una función de la tasa de ganancia). Por lo tanto, todas las fuerzas que promueven el pleno empleo solamente pueden permanecer eficientes si no socavaren la tasa de ganancia. De la misma forma, todas las fuerzas que aumentan las ganancias no pueden realizar el crecimiento acelerado a largo plazo si no llevaren, al mismo tiempo, a una expansión del mercado de los “consumidores finales”, esto es si no llevaren al pleno empleo. Es ese el problema básico, que ninguna política económica gubernamental capitalista puede solucionar a largo plazo. En realidad el **próprio éxito inicial de la expansión económica capitalista del posguerra resultó inevitablemente en la superproducción de mercancías y a la superacumulación de capital en la industria mundial.** El mismo movimiento que lleva el capitalismo a desarrollar las fuerzas productivas lleva a la caída de la tasa de ganancia y a la crisis. El aumento de la composición orgánica de capital (con el crecimiento más acelerado del capital constante frente al capital variable) lleva **tendencialmente** a la caída de la tasa de ganancia. Hubo, de hecho, una reducción de la ganancia de las empresas estadounidenses en el período 1948-75 que corresponde a 80%. Esto resultó en una reducción radical en el ritmo de expansión de inversiones (particularmente de las inversiones industriales). La fracción de inversiones en el total de los gastos internos de Estados Unidos cayó de 70,7% en 1948 para 9,4% en 1975 (Cf. Bureau of Economic Analysis, U. S. Department of Commerce, Washington, DC, 1980). El keynesianismo, como teoría subjetivista, intenta enfrentar el problema de recesión aumentando la demanda en el agregado. Pero en un ambiente económico dominado por empresas con tasa de ganancia en declino, ellas embisten cada vez menos. La falta de aliento de las inversiones (y, por tanto, de la oferta) confrontada con el incremento keynesiano de la demanda, y causa, entonces, aumento de precios e inflación, al revés de de recuperación económica. La vieja receta del monetarismo neoclásico - “presupuesto equilibrado” (es decir, que privilegia el pagamiento de la deuda), reducción de los gastos gubernamentales y disminución en el crédito - falla en sus tentativas de enfrentar la crisis por la razón puesta al keynesianismo: la reducción de la demanda en el agregado lleva a la depresión. En el capitalismo monopolista la **producción y el control** se tornan no solamente radicalmente separados, sino cada vez más radicalmente opuestos entre si. Se radicaliza la contradicción entre el aumento de la socialización del trabajo y la apropiación privada cada vez más sometida a la centralización parasitaria de capital. Se radicaliza, también, la contradicción entre la relativa organización del trabajo en cada empresa capitalista y la anarquía que impera al nivel del conjunto de la producción. Los complejos problemáticos que surgen de estas contradicciones no tiene nada que ver con las políticas que operan a través del cambio en el nivel agregado de la demanda (el keynesianismo en el sentido ascendente, y el monetarismo neoliberal en el sentido opuesto). Los problemas que surgen en el capitalismo monopolista de la segunda mitad del siglo XX se unen a la mala orientación de las inversiones y a la **incontrolabilidad** cada vez mayor de la producción. Y de esa manera, **requiere el planeamiento global y efectivamente democrático de la inversión para su solución.** En realidad el impulso acelerado para la producción de **valor de cambio**, antes simplemente separado del **valor de uso**, se torna cada vez más



abiertamente opuesto a él: o sea, se sacrifican las necesidades de la inmensa mayoría de la humanidad a las reglas irracionales de la producción capitalista. Al contrario es necesario partir de la demanda real basada en las necesidades para la determinación de las metas productivas. Al revés de la tasa decreciente de utilización de mercancías debemos buscar tasas crecientes de utilización, que eliminen el desperdicio, para complacer la demanda de las masas. Se trata de superar la contradicción antagónica, en que el “**superconsumo**” absurdamente manipulado y despilfarrador de las clases poseedoras (y mismo en el “consumidor mediano” de determinados países) tiene como horrorosa contraface la negación deshumana de las necesidades de aproximadamente tres mil millones de seres humanos (mitad de la humanidad), que tiene que sobrevivir con menos de 2 dólares al día. El mayor desperdicio, alias, es el desempleo creciente. El inevitable fracaso de la propuesta keynesiana de “pleno empleo en una sociedad libre”, se debe al hecho de que en una sociedad donde el trabajo debe ser considerado un “coste de producción” en términos de cantidad, los correctivos dependen, como hemos visto, de la manutención de una acumulación de capital acelerada, lo que en el capitalismo solamente puede ser coyuntural y va se convirtiendo cada vez más difícil y problemático. Hoy los “neoliberales” y keynesianos pasan a defender “programas de combate al desempleo” frente a la “informalidad”, quiere decir, la defensa de la **precarización del trabajo**, para derrumbar “costes” y atomizar los trabajadores y, de esa manera, intentar contener la caída de la tasa de ganancia. Ya para nosotros, marxistas, no hay necesidad de aceptar la lógica interna del sistema capitalista. La prioridad es conferida a la realización de soluciones radicales que reorienten la contabilidad social para la cualidad, en el contexto de la planificación que conteniente objetivos coherentes y administrados concientemente. Con una forma cualitativamente diferente de tomada de decisión, en que las funciones de control vitales puedan ser transferidas a los productores directos, a colectivos de trabajadores asociados y autodeterminados; y que las actividades desees últimos sea apropiadamente coordinada para incluir todos los varios niveles más incluyentes, ya que estos no estarían separados por antagonismos imposibles de conciliar. Naturalmente, para buscar estos objetivos sociales son necesarias estrategias políticas que lleven a las **precondiciones** para su realización. Lo que implica conceptuar de manera realista la transición (a partir de las determinaciones del presente) para un otro sistema social, con relaciones de producción distintas: la transición para el socialismo, la “expropiación de los expropiadores”, la eliminación del poder del Estado burgués, el avance rumbo a la superación del capital y de la alienación entre la economía y la política. Tenemos que partir de la comprensión de las determinaciones objetivas y subjetivas de lo “aquí y ahora”, pero la perspectiva de largo plazo es necesaria porque la meta real de la transformación solamente puede establecerse dentro de este horizonte.

La discusión anterior nos trajo de regreso al ámbito del complejo de relaciones contradictorias entre **producción y consumo** (esfera privilegiada de las políticas keynesianas). El Estado capitalista asume en escala siempre mayor la importante función de comprador directo: sea con gastos para atender **necesidades reales del todo social**, gastos con la estructura productiva y de servicios, gastos sociales de “legitimación”; sea en la satisfacción de **apetitos artificiales del capital y de la burocracia**, gastos con el financiamiento de la centralización de capital, con la inmensa máquina burocrática de



administración, gastos con el financiamiento del complejo militar industrial (inmensamente caro, inherentemente destructivo y estéril para la acumulación ampliada de capital; pero funcional para la centralización de capital e indispensable para el fortalecimiento del poder imperialista). Surgen presiones opuestas vinculadas a las funciones de “acumulación” y de “legitimación” del Estado capitalista. Para “mantener la armonía social” y garantizar la “lealtad de las masas”, conservando su propia “legitimidad” el capital debe atender varias necesidades de los trabajadores, que incluso se tornaron importantes “contribuyentes”. El Estado capitalista crea un “complejo social-industrial” para, en interacción con los monopolios, sustentar una “inversión social” (que aumenta la calificación y la productividad de la fuerza de trabajo) y un “consumo social” (que disminuye los costes privados con la reproducción del trabajo). Nada de esto lesiona los intereses de los monopolios, al revés. Sin embargo, las prioridades del grande capital son otras, más directamente orientadas para garantizar una acumulación privada rentable. Surgen presiones que no pueden ser atendidas igualmente a largo plazo, lo que configuró la denominada crisis fiscal del Estado Capitalista (Cf. O’Connor, James- USA: A Crise do Estado Capitalista [NY, 1973], Paz e Terra, RJ, 1977). Aquí también, las políticas keynesianas crearon un terrible despilfarro: más que al “Welfare State” ella permaneció integrada al **Warfare State**. En la coyuntura actual es cada vez más difícil no solamente justificar, pero, sobre todo, sustentar el complejo militar-industrial y la economía de guerra. Los déficits fiscales importes y el crecimiento de las deudas (la deuda pública de EE.UU. supera 7,4 trillones de dólares, 67% de su extraordinario PIB) reducen extremadamente la capacidad de intervención anticíclica del Estado. El Estado capitalista se torna cada vez más incapaz de atender no apenas las necesidades sociales de los trabajadores, sino también las necesidades de acumulación de capital; lo que es más un elemento que torna esta acumulación cada vez más difícil y problemática. En fin, hay el complejo contradictorio entre **producción y circulación**. La necesidad del capital social total entrar en el dominio de la circulación global para “realizarse”, pone y repone relaciones de subordinación no apenas entre burgueses y proletarios y en la concurrencia entre los burgueses, sino al nivel regional e internacional.

Los Estados imperialistas buscan solucionar estas contradicciones creando un **sistema dual**. La garantización de un padrón de vida considerablemente más elevado para el proletariado interno unido a la “democracia liberal” en casa; se combina con la **superexplotación** de los trabajadores, expoliación sin piedad de riquezas y formas autocráticas de dominación de clase en la “periferia” subdesarrollada y dependiente del sistema imperialista. Donde fuerzas políticas empeñadas en realizar programas populares y anti-imperialistas avanzan, el imperialismo asociado a las clases dominantes locales recurre a la contrarrevolución preventiva para “salvar” el orden. La política de EE.UU., desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, puede ser caracterizado como **fascismo exterior**: un sistema que preserva cierto grado de libertades democráticas y derechos sociales en su propio país e impone una opresión de clase autocrática exacerbada (muchas veces abiertamente fascista), de modo directo o através de gobiernos fantoches, en los países dependientes. Es propio de los imperios reconocer a sus propios ciudadanos los derechos que niega a los pueblos dominados.



CRISIS ESTRUCTURAL DEL CAPITALISMO Y IV REICH

La crisis del capital que vivimos hoy no es más una crisis cíclica y sectorial. Es fundamentalmente una **crisis estructural**. La novedad **histórica** de esta crisis – de acuerdo con lo que explica el marxista húngaro Mészáros – se manifiesta en cuatro aspectos principales:

“1) su *carácter* es *universal*, no se restringe una esfera particular (por ejemplo, financiera o comercial, o afectando este o aquella subdivisión particular de producción (...)); 2) su *mira* es verdaderamente *global* (en el sentido literal o más amenazador del término), no se limita a un conjunto particular de países (como fueron todas las principales crisis en el pasado); 3) su *escala de tiempo* es extensa, continúa -- si preferir: *permanente* – no es limitada y cíclica, como fueron todas las crisis anteriores del capital. 4) su *modo* de se desdoblar podría ser llamado de *rastreo* -- en contraste con las erupciones y colapsos más espectaculares y dramáticos del pasado -- desde que acrecentásemos la reserva de que ni siquiera las convulsiones más vehementes o violentas podrían ser excluidas en lo se refiere al futuro: a saber, cuando la maquinaria compleja ahora activamente empeñada en la 'administración de la crisis' y el 'dislocamiento' más o menos temporario de las crecientes contradicciones perder su energía” (Mészáros, István - Para Além do Capital [London, 1995], Boitempo, SP, 2002, p. 796).

Esta crisis estructural del sistema del capital en su conjunto, en contraste cualitativo con las crisis frecuentes y coyunturales de la economía capitalista del pasado, empuja el capital para la adopción de estrategias más agresivas y más **acentuadamente aventureras**. En el desarrollo desigual y combinado de la época de la crisis estructural del capitalismo hay dos nuevas tendencias complementares que atingen los países imperialistas: 1) una espiral descendiente de la “tasa diferencial de explotación” que afecta el padrón de vida del proletariado de los países centrales, que sufre visible deterioración; 2) creciente autocratización interna de los Estados metropolitanos. Los recursos represivos del Estado son indispensables para enflaquecer los sindicatos y aumentar la tasa de explotación. El trabajo precario de los inmigrantes viene seguido por una nueva centralidad chauvinista en la política burguesa: regreso del darwinismo social (*The Bell Curve*), de la biologización de la política, del racismo en general. Bajo las contradicciones de la crisis estructural, la creciente *intensidad del capital* lleva al desempleo macizo y a la “desindustrialización” de países capitalistas centrales, como la Inglaterra y EE.UU., con la destrucción de su base industrial en otros tiempos floreciente y vital.

El desarrollo desigual bajo el capitalismo siempre ocurrió de modo destructivo, gracias al carácter antagónico de sus leyes y principios estructurales internos. Pero en la actual crisis estructural eso asume manifestaciones cada vez más graves. Hay un prolongamiento de las crisis cíclicas, su frecuencia es más corta, sus manifestaciones son más destructivas, y hay una propensión a tornarse un *continuum* depresivo, en que una recesión sigue la otra.

Si habla mucho hoy de globalización, de un modo muy exagerado y con funciones apoloéticas de negar la posibilidad de cualquier alternativa al orden establecido. Hay una integración mayor de la economía mundial y de las formaciones sociales, pero, la



denominada “*globalization*” nada más es que una idealización del desdoblamiento actual del imperialismo como sistema internacional de dominación y subordinación. La novedad es la escalada insana del imperialismo hegemónico estadounidense, que intenta el peligrosísimo emprendimiento de se proclamar el Estado supremo del sistema del capital como tal, imponiéndose de todos los modos posibles, incluyendo la violencia militar más extrema, sobre los otros Estados nacionales.

El período de larga depresión anterior (1914-45) fue superado por dos Guerras Mundiales. Hoy, como en la época de Lenin, las contradicciones generadas por el desarrollo desigual del poder de los Estados y de las naciones crean tendencias **belicistas** cada vez más **agudas**. Sin embargo, hoy una **guerra total** causaría la destrucción de la humanidad. En la imposibilidad de EE.UU., como potencia que persigue el proyecto del “imperio mundial”, recorrer a la guerra total (con la sujeción violenta de las potencias imperialistas rivales) los antagonismos del sistema como un todo son agravados y se tornan, cada vez más explosivos. Naturalmente, esto no quiere decir que guerras menores van dejar de multiplicarse de modo cada vez más perverso. Si habla de un “gobierno mundial”, para intentar administrar las contradicciones ínter imperialistas en la ausencia de la guerra total (que sería su “sanción última”). Pero para que este gobierno surgiese (y, sobre todo, para que pudiese funcionar) el capitalismo tendría que ser esencialmente diferente de lo que es y de lo que puede ser. Ningún sistema puede dejar de ser explosivo y inclinarse a la autodestrucción, si fuera antagonisticamente estructurado en todo su núcleo interno. La crisis estructural del capital en nuestros días ataca los límites definitivos del sistema. Por esa razón, ella hace que sea muy urgente una intervención radical para dar fin a las tendencias destructivas impuestas ya por toda parte, antes que sea demasiado tarde. La tarea histórica del socialismo es inmensamente difícil, pero jamás fue tan dramáticamente urgente como hoy. Pasa por superar el dominio del capital, instituyendo un complejo reproductivo social internamente armonizable, que combine planeamiento democráticamente centralizado con autogestión directa de los productores asociados.

En relación a todas estas tendencias de desarrollo contradictorio del capital solamente podemos formular exigencias de cambio significativo en términos de una alternativa socialista global, como fue concebida por Marx. Pero, para poder emprender esa alternativa es necesario remediar radicalmente las huelgas desigualdades estructurales por medio de las cuales los países imperialistas poderosos siguen a dominar y a oprimir la inmensa mayoría de las naciones del mundo. La alternativa “Socialismo o Barbarie” es definidora de una época simultáneamente trágica y fascinante. Si vamos a conseguir detener la marcha para la catástrofe, el hombre podrá finalmente caminar por las grandes alamedas de acceso a un mundo que contesta a las aspiraciones al bien-estar que las conquistas de la ciencia y de la técnica ponen a su alcance. Pero el desenlace es, por ahora, una incógnita. Dependerá mucho de la actual generación, que enfrenta un desafío gigantesco: **derrotar un sistema de dominación monstruoso que encarna la amenaza a la propia vida - un IV Reich en formación.**

El mayor peligro para la sobrevivencia de la humanidad proveniente de la contradicción, insuperable por el capital, que nace del *desarrollo transnacional* en el *plan económico* incorporado en *Estados nacionales*, con estrictas jerarquías de dominación y



subordinación entre ellos. La presente fase del imperialismo, ciertamente la más peligrosa en toda la historia, intenta en vano la solución de esta contradicción a través de la imposición militar de Estados Unidos en todo el mundo como el Estado Imperial del *imperialismo hegemónico mundial*. Por eso es totalmente sorprendente que determinados escritores, con pretensiones de izquierda, nos ofrecen la total mistificación de un “imperialismo *desterritorializado*”, juntamente con su apología absurda del imperialismo norteamericano, claramente “*territorializado*”, caracterizando las agresiones bárbaras que están siendo practicadas por ese Estado como una tentativa “de expansión global del proceso constitucional de EE.UU.” (Cf. Michel Hardt & Antonio Negri, *Empire*, Harvard University Press, Boston 2000, p. 182). Al contrario: la respuesta del imperialismo estadounidense a la derrota en la Guerra del Vietnam y a la crisis estructural del capital fue marcada por la sustitución de la política de “contención” del comunismo y de “hegemonía negociada en el ámbito de la integración norte-norte” por una estrategia hacia a la destrucción del poder soviético y desagregación de la URSS (a través de presiones económicas, políticas y militares, que incluían la amenaza del uso de armas atómicas) y de **lucha “por la conquista de todo el mundo” y formación de un “imperio mundial”**.

La aproximación de EE.UU. con China a partir de 1973 (aprovechándose de las tensiones sino-soviéticas creadas por profundos errores e inhabilidades mutuas de sus líderes) debe ser entendida en este contexto: “Chinos y norte americanos concordaban en resistir conjuntamente” cuenta la “hegemonía rusa en el sudeste asiático”, de modo que “en el espacio de un año y medio, las relaciones sino-americanas, pasaron de la hostilidad y del aislamiento para una alianza *de hecho*” (Kissinger, Henry - *Diplomacy*, Simon & Schuster, N.Y., 1994, p. 729). Lo mismo debe ser dicho, sobre el desmonte del sistema de Bretton Woods. Hemos visto que la estrategia geopolítica estadounidense en la Guerra Fría y la necesidad de apoyar en Europa regímenes amenazados por el descontentamiento popular, con el Plan Marshall, condicionaron la decisión de EE.UU. de apoyar la recuperación económica de sus antiguos - y futuros - rivales, y a iniciar, con el envío de tropas para Corea, una escalada de acciones militares en el exterior. El desvío de recursos de inversiones en producción de bienes de producción y bienes de consumo para la “producción destructiva” de armamentos se daba en detrimento de la acumulación ampliada de capital; no podría dejar de ser perjudicial para la economía (en el caso de la URSS, con menos recursos y otra lógica de reproducción socio-metabólica, esto fue fatal). **EE.UU. cambiaban fuerza militar por creciente enflaquecimiento económico.** La combinación de asistencia económica, colosal gasto militar y predominancia de inversiones directas en el exterior en seguida superó lo excedente comercial de EE.UU. Desde 1953, menos tres o cuatro años excepcionales, el déficit en la balanza de pagamientos fue cada vez mayor. Durante algún tiempo esto no fue tan grave, pues los bancos centrales de otros países estaban felices de amontonar dólares en sus cofres. Sin embargo, la situación cambió en los años 60. Alemania, Francia e Italia ya se habían recuperado plenamente y, junto con los países de la Benelux, formaron (en 1956) el Mercado Común Europeo. EE.UU. ya no distribuían ayuda en Europa, pero los costes de su esfuerzo de expansión imperialista y la adquisición de empresas extranjeras excedían sus recursos. Más o menos en la mitad de los años 60, los dólares en las manos de gobiernos



extranjeros tenían más valor que la reserva en oro de EE.UU. . El desequilibrio aumento en la medida en que el país embarcaba en la guerra de Vietnam. En 1965, Francia y Alemania, al revés de amontonar papel verde, comenzaron a convertir sus dólares en oro. Además de eso, la entrada acelerada de las manufacturas alemanas y japonesas en los mercados mundiales profundizaba la caída de la ganancia de las transnacionales estadounidenses; pues resaltaba la **superproducción de mercancías y superacumulación de capital** que estaba en la raíz de la crisis económica que comenzaba a dibujarse. Las transnacionales de estos dos países, aunque precipitasen el exceso de oferta internacional em las subdivisiones sobrecargados de la industria, todavía obtenían ganancias significativas, gracias a los bajos costes derivados de la combinación de la utilización de medios de producción avanzados con salarios bajos en relación a EE.UU. El gobierno de Washington llegó a la conclusión de que necesitaba desvalorizar el dólar para hacer frente la competición de Alemania y Japón. En agosto de 1971, Richard Nixon (1969-1974) declaró que EE.UU. no más cambiaría dólar por oro. Cuando de la desvalorización del dólar por ocasión de la crisis monetaria internacional, se abolió el cambio fijo (1973) y en seguida el sistema americano de controles de capital (1974). **El sistema de Breton Woods entro en colapso.** No duro más que la denominada “época de oro”: el “siglo americano” duró un cuarto de siglo. El mundo capitalista fluctuaba ahora para el reino de la especulación desreglada y del caos. El problema de la caída de la ganancia no quedó más encerrado en EE.UU. pero de prisa afectó Alemania, Japón y el resto del mundo capitalista. Nixon construyó una equipe económica con nombres de peso de la derecha radical denominada “neoliberal” (en verdad *pseudoliberal*, neoconservadora y profascista), como Paul Volker, George Schultz, William Simon e G. Haberler. Pero combinó estos representantes de los intereses financieros con falcones del militarismo americanista, preocupados en reconstruir la capacidad estadounidense de entrar en guerras imperialistas (con lo que logró el apoyo de las grandes corporaciones y viejos “industrialistas” que apoyaron el New Deal, acenando con las grandes encomiendas del complejo militar-industrial). Paul Volker decretó unilateralmente un violento aumento en las tasas de intereses, que resulto en la **crisis de la deuda**. Esta provocó en varios países, sobre todo de América Latina, la “**década perdida**”; un eufemismo económico para el desastre social y la destrucción nacional (degradación colectiva y chatarramiento de la industria; “estagflación” y desempleo, hambre y miseria de las masas). A partir de este terremoto, las naciones latinoamericanas ya sufrieron decenios de “construcción interrumpida” (como decía Celso Furtado).

Nixon cayó con el escándalo *Watergate*. En los años del interregno demócrata de Jimmy Carter (1977-1981) la derecha radical ya estaba en la ofensiva, aunque solamente dominarían plenamente las políticas de gobierno en la década de 80. Como siempre, la ofensiva fue preparada y posteriormente reforzada por una campaña ideológica. Simbólicamente el recién creado Premio Nóbel de Economía fue otorgado en 1974 a Friedrich Von Hayek, el ultra-reaccionario cruzado del “libre comercio” y, en 1976, a Milton Friedman, el guru de los monetaristas (Cf. Hobsbawn, E., op. cit., p. 398-9, que destaca a otorga deseos premios). El “ensayo general” inicial fue en Chile donde, después de la derrumbada del gobierno de unidad popular de Allende en 1973, la dictadura militar fascista del Gal. Pinochet invito los “Chicago boys” para asesorar la aplicación de una



política irrestricta de “libre mercado”, coherente con el contenido político de su gobierno. Los “teólogos económicos neoliberales” predicaban sobre el carácter virtuoso de una “tasa natural de desempleo” para bajar los “salarios exagerados”; como una propaganda de masas paquidérmica revivía los vellos clichés: “los vicios del público”, el valor intrínseco de la “avaricia” como elemento de la “naturaleza humana fija e inmutable” estimulante de la “selección de los más aptos”, la perfección de los “mecanismos de mercado” conducidos por una benévola “mano invisible”, etc. Ronald Reagan (1981-1988) fundió, en su estrategia, algunos elementos del “mesianismo” de Carter (sobre la retomada del liderazgo moral anti-comunista de Estados Unidos en el mundo) con el cerne del “neoliberalismo económico” de Nixon; proponiéndose a eliminar la URSS (el “imperio del mal”) y a construir un “nuevo orden política y económico mundial” sobre el comando incontestable de EE.UU. La práctica se vinculó bastante a la propaganda. Con el objetivo de restablecer firmemente el gobierno del capital sobre el trabajo, se hizo todo tipo de medida en ámbito nacional. Fueron elegidas batallas estratégicas: los controladores de vuelo fueron las víctimas de Reagan y los mineros británicos el albo de la señora Thatcher. Se modificó la legislación sindical para enflaquecer los sindicatos. Se eliminó la legislación que protegía los asalariados, los desempleados y los pobres. Gran parte del patrimonio público fue privatizada (bancos, industrias, ferrocarriles, telecomunicaciones). Los patrocinadores de estas acciones ampliaron la campaña para eliminar el gasto público como tal - obviamente, no los subsidios a los monopolios privados, o operaciones de salvación de bancos fallidos - pero en los servicios de bien estar social, salud, educación. La fantástica expansión del capital especulativo, “apertura de fronteras”, “abolición de controles a los movimientos de capital”; todo fue dibujado para imponer la tiranía del capital sobre cualquier gobierno que, bajo presión electoral, osase cuestionar el nuevo evangelio: “lo que es bueno para las ganancias y para las grandes corporaciones empresariales es bueno para el pueblo”. Siempre hay alguna cosa faltando: las contrarreformas antidemocráticas van radicalizándose a cada gobierno. Después del 11 de Septiembre se intensificó la prisión indiscriminada de millones de sospechos de actividades antiamericanas. Tampoco los *Beatles* huyen: la música *Imagine* de John Lennon tuvo a su divulgación prohibida en la medía. Además de la represión al *leninismo*, la CIA y el FBI están preocupados también con represión a los sueños del *lennonismo*. De acuerdo con la reciente entrevista del “cerebro del partido republicano”, idealizador eterno del programa electoral de la reciente reelección de Baby Bush, el objetivo es aproximarse de la “solución final”: “vamos acelerar el declino de los sindicatos, cortaremos el financiamiento a grupos de empleados públicos (como los profesores que son la gran fuente de votos de los demócratas), transformaremos todo lo que todavía existe del Estado de Bien Estar en un sistema privado, (...) vamos eliminar las ideas antiamericanas, enterraremos los europeos, socialistas no pueden tener espacio en la Universidad Americana” (Entrevista de Grover Norquist a Pablo Pardo, El Mundo, Madrid, 17/09/2004).

Sin embargo, el gran impulso rumbo al fascismo se liga propiamente al proyecto del “Imperio Mundial” y la práctica que está en curso hacia a la construcción del IV Reich. La derrota en la Guerra do Vietnam provocó una temporaria salida parcial de EE.UU. del



palco mundial. Durante algunos años las intervenciones militares eran abreviadas, sin embargo de la creciente actividad de movimientos revolucionarios en los países dependientes. Aún en el gobierno Carter, EE.UU. tenía como objetivo comenzar a reconstruir su capacidad de entrar en guerras imperialistas. Guerras ocultas fueron realizadas en Afganistán y en América Central. En el gobierno Reagan fueron seguidas por el ejercicio directo del imperialismo militar en Líbano, en Granada y en Panamá. En 1990 el presidente George Bush (padre, 1988-1993) defendió por primera vez, una “nueva política externa de contención activa” que debería impedir el apareamiento de cualquier tipo de potencia regional que pudiese ofrecer cualquier resistencia a los mandatos de Washington: que pudiese “concurrir con EE.UU. en su propia región”, o que pudiese algún día “aspirar a un dominio mundial” como habría sido el caso de la URSS. Bush (señor) retoma explícitamente el “Corolario Roosevelt de la Doctrina Monroe”. Sin embargo, hay elementos nuevos en el “papel de policía internacional” que EE.UU. se atribuye para disciplinar los “Estados fracasados”, incompetentes para “cumplir sus obligaciones”, así como los “Estados trapaceros”. Los aspectos contemporáneos de la reformulación y actualización de la “Doctrina del *Big Stick*” se ligan ya claramente al proyecto del “Imperio Mundial”. De gran interés son las referencias explícitas la protección de la denominación estadounidense sobre el conocimiento, la denominada “propiedad intelectual”. Los “nuevos protectorados” pasarían a tener la “responsabilidad” de usar su poder estatal doméstico para proteger las “patentes”, conforme definida en una *enmienda de 1988 a la Ley de Comercio Americana de 1974*. Con los desarrollos siguientes - la Rodada del Uruguay del GATT y la formación de la OMC en 1995 - esta obligación de protección de la “propiedad” del conocimiento se tornó una doctrina mundial. La Primera “Guerra del Golfo” de 1991, todavía bajo el gobierno de Bush padre, ya se pone en los marcos del proyecto de “nuevo orden mundial”. El bombardeo del Iraquí en 1991 cumplió un papel equivalente al de Hiroshima y Nagasaki en 45: establecer a través de las armas quien sería el “poder soberano” en el campo internacional. Bush (señor) se expresa con claridad ejemplar: “Veo en América como líder, como la única nación con un papel especial en el mundo. El nuestro fue llamado el siglo americano por el hecho de que seamos la fuerza dominante para el bien del mundo. Salvamos Europa, sanamos la poliomielite, caminamos en la luna e iluminamos el mundo con nuestra cultura. Ahora estamos en la solera de un nuevo siglo: cuál país lo dominará? Dijo que será un otro siglo americano. Nuestra obra no terminó nuestra fuerza no se agotó”. En los años 90 adquirió gran difusión la creencia en el “poder pacificador del mercado”, en la fuerza económica convergente de la “globalización”; como se estuviera llegado la hora de un “Imperio mundial cosmopolita, pacífico y democrático”, bajo el liderazgo “universalmente benéfica e benevolente” de EE.UU. En la retórica y en la práctica el gobierno de Bill Clinton (1993- 2001) siguió la misma línea de Bush padre. Su discurso no se distingue por la originalidad: “el siglo XXI será un siglo americano”, “América debe seguir guiando el mundo”; “nuestra misión es atemporal”; “el liderazgo mundial es inherente al poder y a los valores americanos” (Cf. Losurdo, Domenico - *Le Origini Del Secolo Americano*, Teti, Milano, 1997, pp. 32-40; v. tb. Donnelly, T. et al. - *Rebuilding America's Defenses- Strategy , Forces and Resources for a New Century*, Project for the New American Century, Washington, DC, 2000). Una vez más, vemos emerger la mitología del “pueblo electo”. Declarado es el chauvinismo que la



caracteriza. Todavía, aquel que “se atreve” a oponer resistencia a tal pueblo electo es estigmatizado como “nacionalista”. En la administración Clinton “EE.UU. se enredan en 48 intervenciones militares, mucho más do que en toda a Guerra Fría, período en que ocurrirán 16 intervenciones militares” (Bacevich, A. - American Empire, HUP, Cambridge, 2003, p. 143). Con el desaparecimiento de la URSS, EE.UU. si movieron en una escalada militar sin precedentes, llevando a cabo intervenciones militares que antes habían sido imposibles de pensar: en el Oriente Medio, en el denominado “Cuerno de África” y la antigua Yugoslavia. Las invasiones y ocupaciones del Afganistán y del Irak y la construcción de bases militares en las antiguas Repúblicas Soviéticas de la Asia Central, constituyeron una vasta expansión del Imperio Americano, en regiones hasta entonces inaccesibles. Tal extensión del poder imperial de EE.UU. fue en parte tornada posible gracias a los logros económicos – a pesar de la naturaleza transitoria de los mismos - que Estados Unidos había realizado en los años 90 relativamente a sus competidores capitalistas. Fue este hecho que ayudó a dar a los falcones “antiterroristas” de la administración de George W. Bush la confianza para explorar el miedo engendrado por los ataques de 11/9 y a elaborar la *Estrategia Nacional de Seguridad de Estados Unidos de la América*, en Septiembre de 2002. En este documento, que es el “Manifiesto de Baby Bush”, se declara que Estados Unidos hará todo lo posible para impedir el surgimiento de otra “pareja competidora” en el campo militar y no hesitarán en practicar “guerras preventivas” para asegurar a sus intereses. Se trata de una declaración de **guerra perpetúa**. El gobierno de Bush Júnior asume que Estados Unidos no respetará la legislación internacional y usará de modo arbitrario a su poderío militar para expandir el proyecto de poder global de su Estado nacional. Jamás antes en la historia del mundo moderno una nación había reclamado una estrategia tan radical para la “dominación global e ilimitada”. En verdad, se trata de un proceso totalmente *instable*, una vez que está construido sobre arena, acoplado a la imagen ficticia de un “gobierno mundial” correspondiente a instituciones “universales” - como el Banco Mundial, el FMI y la OMC - que en realidad son totalmente dominadas por Estados Unidos, para ya no hablar de la OTAN. No es sorprendente que **la necesaria inestabilidad de la crisis estructural del capital (que dice respecto a los límites absolutos del sistema) tenga encontrado a su manifestación lógica en el nuevo aventureirismo militar**. El Estado Imperial busca remediar la crisis del sistema por medio de la violencia, pero agrava, al contrario, a su inestabilidad crónica.

La tarea principal de los que luchan por el socialismo consiste hoy en trabajar por el fortalecimiento y ampliación de las fuerzas que niegan el imperialismo, hegemonizado por el sistema de poder neonazista de EE.UU. Las condiciones objetivas son favorables en el momento en que el pueblo de Iraquí, en una resistencia que asume las proporciones de levante nacional contra los invasores, surge como héroe colectivo, batiendo-se por toda la humanidad. **La resistencia iraquí en 2004 es una dramática demostración de que la máquina del ejército imperial estadounidense no es invencible**. Petras dibuja un escenario objetivo: “con más de 1500 muertos en combate, aproximadamente 25000 soldados heridos y más de 35000 con graves ‘enfermedades mentales’, el ejército de ocupación de EE.UU. es incapaz de llevar la guerra colonial a una conclusión victoriosa (...) enfrentan más de 100 ataques diarios por todo el país (...) la desmoralización y la



deserción es profunda”. La situación económica de EE.UU. también no es tranquila. “Durante el inicio de 2005 la economía norteamericana continuará se expandido basada en el financiamiento externo y en las ganancias especulativos. El acentuado declive del dólar de 2004 se acelerará en 2005 y llevará a que se esfumasen importantes reservas de dólar. En los próximos años, podemos esperar una crisis importante en la economía dolarizada, una caída severa en el *stock* de EE.UU. y una venta general de dólares desvalorados en Japón y posiblemente en China. Es probadle que esto provoque una crisis económica general que debilitará las bases domésticas del Imperio norteamericano” (Petras, James - “El Imperio en el Año 2005”, in: Rebelión, 22/12/2004).

El agravamiento de la crisis estructural del capitalismo favorece la intensificación de las luchas antiimperialista. Cuanto más EE.UU. se atollaren en Irak mayores serán las dificultades de los gobiernos de la Unión europea camuflaren sus diferencias sobre la estrategia neofascista de Washington. España ya se retiro de la hoguera iraquí. Tony Blair enfrenta críticas crecientes. En Italia el pueblo condena en manifestaciones cada vez más vehementes el servilismo de Berlusconi. Cuanto a Francia y Alemania, además de fuerte oposición popular, los propios gobiernos perciben que con la Guerra del Iraquí viene propuesto un proyecto de reorganización del sistema político mundial que es inaceptable: el nuevo proyecto imperial estadounidense que requiere la “contención” permanente y universal de todas las otras grandes potencias.

La solidaridad internacional solamente puede funcionar con eficacia en el ámbito de una nueva concepción estratégica de la lucha, orientada para una articulación de acciones ofensivas de las clases trabajadoras, favorecidas por el agravamiento de la crisis estructural del capitalismo. Se admitimos que para el imperialismo estadounidense la frente prioritaria se localiza actualmente en Asia, área donde el malogro de su estrategia más contribuye para profundizar la crisis global del sistema se impone una conclusión: **dinamizar la lucha contra la guerra** pasó a ser una tarea prioritaria de las fuerzas progresistas en todo el mundo. Se trata de una lucha en que pueden participar decenas de millones de personas: lucha que debe ser articulada con acciones concretas de ámbito nacional y continental y mundial. La ola del cuestionamiento asumió proporciones gigantescas en Febrero y Marzo de 2003, cuando más de 20 millones de personas salieron a las calles en grandes ciudades para condenar la guerra. Sin embargo, después de ocupado el Iraquí, la protesta cayó bruscamente. Las masas no percibieron, entonces, que **la ocupación de Bagdá era apenas el marco inicial de una larga guerra de liberación.** Es indispensable que la marea de la protesta vuelva a subir. Y el momento, en este inicio de 2005, es muy propicio para eso. La resistencia del pueblo iraquí, bien como la tenacidad de los palestinos y el caos afegán desorientaron Washington. El sistema pasó a la defensiva en el plan político y sufre duros reveses en el terreno militar. En Europa estremecen los fundamentos de una Unión Europea cuyos gobiernos, no obstante las contradicciones de intereses existentes actúan, en el fundamental, como cómplices del imperialismo. En América Latina emocionantes luchas se perfilan en el horizonte. Si en los años 20 y 30 los europeos hubiesen sido capaces de barrar la locura nazi-fascista, decenas de millones de víctimas serían popadas. Es nuestra responsabilidad histórica, actuar ahora para contener y eliminar el desafío nazi-fascista de Washington.